

Selección

TERROR

UN DIABLO SUELTO

CLARK CARRADOS


SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

217 — La fosa de los espíritus, *Silver Kane*.
218 — Perros muertos, *Clark Carradas*.
219 — Páramo alucinante, *Ray Lester*.
220 — Pueblo de cadáveres, *Curtis Garland*.
221 — El precio del miedo, *Ada Goretti*.

CLARK CARRADOS

UN DIABLO SUELTO

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 222
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 11.886 - 1977
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: mayo, 1977

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1977

CAPITULO PRIMERO

El hombre se movía como si estuviese absolutamente embriagado. Cuando a través de unos arbustos, salió a la carretera, el señor y la señora Braddon lanzaron un simultáneo grito de Espanto.

El señor Braddon, por fortuna, aunque maduro, era lo suficientemente joven para tener rápidos reflejos, y por ello pudo frenar a un paso del borracho. Braddon, naturalmente, tuvo la reacción lógica de todo automovilista en semejantes circunstancias: empezó a apostrofar y a acordarse de la madre del ebrio, empleando para ello unas palabrotas que la señora Braddon, horrorizada, oía por primera vez en su habitualmente ponderado y afable esposo.

Pero los apostrofes e insultos de Braddon no se hicieron demasiado extensos. Casi en el acto, el borracho, cayó de bruces en medio de la carretera, y se quedó inmóvil.

Afortunadamente, en aquellos momentos, pasaba un coche de patrulla, cuyo conductor se detuvo al contemplar la escena. Braddon se apeó al ver a los policías.

—No he tocado a ese hombre —declaró—. Surgió inesperadamente de esos arbustos, completamente borracho. Pude frenar a tiempo y luego, casi en el acto, él se cayó. Debe de llevar una borrachera espantosa, agente.

Los policías se acercaron al caído y le dieron la vuelta. Aun iluminado por los faros de los dos automóviles, cuya luz, pese a ser potente, caía deficientemente sobre el rostro del individuo, pudieron apreciar su horrible fealdad.

—¡Dios mío! —Exclamó la señora Braddon—. ¡Es un monstruo!

Su compañero se había inclinado sobre el caído y le examinaba con más detenimiento.

—Creo que está muerto —dijo de pronto.

La señora Braddon lanzó un gemido. Su esposo frunció el ceño.

—Agente, le juro que no he tocado a ese hombre para nada —exclamó—. Pueden examinar mi coche; no encontrarán el menor rasguño ni abolladura...

—No se preocupe, caballero; yo tampoco veo en este desgraciado la menor señal de golpe producido por atropello. Particularmente, pero esto tendrá que confirmarlo el forense, pienso que ha muerto por fallo cardíaco.

—Trata de averiguar quién es —indicó el otro agente.

Al cabo de unos momentos, el guardia se levantó.

—No lleva documentación de ninguna clase —manifestó.

* * *

El expediente del caso llegó un día a Londres y fue a parar a la sección correspondiente. El encargado de casos semejantes era el inspector Stratford.

Dos días más tarde, su colega, el inspector Douglas Villard fue a pedirle

unos datos para una investigación que tenía encomendada. Villard vio sobre la mesa de su colega el expediente del hombre muerto en medio de la carretera, con unas cuantas fotografías de buen tamaño.

Una de las fotografías era del rostro del muerto, en primer plano. Villard se asombró de aquellas facciones tan horribles.

—¡Caramba, qué tío tan feo! —exclamó—. Tom, no me gusta ser irrespetuoso con los muertos, pero este pobre hombre debía de llevarse un susto todos los días, al mirarse en el espejo por las mañanas.

—Sí, era feo de veras —convino sonriendo el inspector Stratford—. Murió hace algunas semanas, en medio de la carretera secundaria 388, y en un principio alguien creyó que era un atropello, pero no fue así. Los guardias de tráfico que lo encontraron no pudieron identificarlo, porque no llevaba documentación. En consecuencia, me han largado un caso más.

—¿Lo has identificado tú?

—Sí. Se llamaba Louis Harrelhaw y, según el forense, murió de paro cardíaco.

Villard se puso rígido.

—¿Dices que ese hombre se llamaba Harrelhaw?

—Sí, Doug.

—Imposible. Tom, yo conocía bien a Harrelhaw, fuimos amigos y condiscípulos... Era un hombre muy apuesto y con gran éxito entre las mujeres. Aun ahora, a sus cuarenta y tantos años, casi tenía, que apartarlas con un espantamoscas... Ese cadáver no puede ser el de mi amigo, te lo aseguro.

—Doug, yo no pongo en duda tu amistad con Harrelhaw, pero los datos que he recibido son irrefutables: huellas dactilares, del Ministerio de la Guerra, corroboradas con las de nuestra Central, ya que hace siete u ocho años tuvo un pequeño lío de dinero y pasó cuatro o cinco días en la cárcel, hasta que fue puesto en libertad bajo fianza, y la identificación de su dentista. —El índice de Stratford golpeó las fotografías repetidas veces—. No sé qué le pasaría en la cara a tu amigo, pero el muerto era Harrelhaw.

Villard apretó los labios.

—No acabo de creerlo... —murmuró—. ¿Puedo examinar el expediente, Tom?

—Claro, hombre, no faltaría más.

* * *

Duke Sheridan entró en el pub al que solía ir con frecuencia, y vio a un hombre sentado ante el mostrador, con cara de sentirse muy preocupado. Aunque había doce años de diferencia entre ambos, Sheridan y el inspector Villard habían trabado una sólida amistad, que les hacía tener mutua confianza, lo que excluía muy pocos secretos entre ambos.

Sheridan se acercó a la barra y dio una palmada en el hombro de su amigo.

—Te veo muy preocupado —dijo.

—Sí —admitió el policía—. Tengo motivos, Duke.

—Si se trata de un caso difícil, no me lo cuentes; sé respetar el secreto profesional. Pero si puedo ayudarte...

Villard hizo un gesto con la cabeza.

—Es algo rarísimo —contestó—. Un amigo mío apareció muerto hace algunas semanas, en medio de una carretera. No llevaba documentación alguna, por lo que se tardó mucho en identificarlo. Lo curioso del caso es que sus facciones no responden en absoluto a la realidad.

—No entiendo en absoluto, Doug —dijo Sheridan—. ¿Por qué no te explicas un poco mejor?

El barman puso delante de los dos hombres sendas jarras de cerveza. Villard tomó un par de tragos y luego explicó a su amigo lo que había pasado.

—Lo extraño es que Harrelhaw había menguado de estatura. No hace un año, medía casi un metro ochenta y cinco. El cadáver tenía veinte centímetros menos... pero los datos de identificación no mienten en absoluto. Era él, no cabe la menor duda, aunque... horriblemente cambiado... No puedes darte una idea de la espantosa fealdad de sus facciones, él, que siempre presumía de guapo... Parecía un monstruo, créeme.

—Me tienes casi asustado —confesó Sheridan—. Doug, ¿qué pudo pasarle a tu desgraciado amigo?

—Lo ignoro, pero, créeme, pienso averiguarlo. Una persona no cambia tan fácilmente de aspecto físico. Algo horrible le sucedió... y yo pienso llegar al fondo de este asunto.

—Me parece muy bien, Doug. Y ya lo sabes, cuenta conmigo, si me necesitas para algo. No soy policía, pero tengo buenas relaciones.

—Sí, lo sé y te lo agradezco, Duke. —Villard consultó el reloj—. Bueno, te dejo; se me está haciendo tarde.

Sheridan puso una mano sobre el mostrador y sonrió.

—Pagaré yo —dijo.

Villard se marchó. Sheridan sacó el tabaco y se puso un cigarrillo en los labios. Una mano perfumada se lo arrebató antes de que pudiera encenderlo.

—¿Me das fuego, Duke?

Sheridan se volvió. Sus ojos brillaron al reconocer a la hermosa mujer que tenía ante sí.

—Edna Drutton —dijo.

—La misma que viste y calza —rió ella—. Hace un siglo que no nos veíamos... pero, dame fuego, hombre; pareces un poste...

Sheridan se echó a reír.

—Tengo motivos para haberme quedado petrificado —contestó, a la vez que alargaba el encendedor—. Edna, estás arrebatadora.

—¿De veras lo crees así? —preguntó ella.

—Eres afortunada. En Inglaterra no hay caníbales.

—Es un elogio que me gusta —dijo Edna—. Pero ¿qué haces aquí, Duke?

—Esperaba a un amigo y no ha venido.

—Lo mismo me sucede a mí. Yo también debía reunirme con una amiga, pero veo que me ha dado plantón.

—La gente, hoy día, es muy informal, Edna.

—Y que lo digas, Duke.

—Ya lo estaba diciendo.

Se echaron a reír. Sheridan contempló a la mujer que tenía ante sí, de unos veintiocho años, pelo rojo oscuro, ojos verdosos y silueta escultural, aunque ahora estaba cubierta por un abrigo de buen paño, adornado, no obstante, con una espectacular piel negra. Sheridan conocía a Edna y sabía de su vida un tanto aventurera, aunque jamás le había formulado el menor reproche sobre sus actividades.

—De modo que tu amigo no ha venido —dijo ella.

—Más que amigo, es colaborador.

—Ah, sí, tu agencia... ¿Marcha bien?

—No puedo quejarme, Edna.

—Mi... amiga no ha venido tampoco. ¿Por qué no nos vamos a tomar una copa en un lugar menos concurrido?

—Indícame tú ese lugar y te seguiré.

Edna sonrió maliciosamente.

—Sígueme, Duke.

* * *

Estaban en el diván, estrechamente abrazados, sorbiéndose el aliento el uno otro, cuando, de repente, sonó el teléfono.

Edna se separó ligeramente, a la vez que emitía una maldición.

—¡Qué importuno!

Y se puso en pie. Sheridan la retuvo por una mano y la hizo sentarse de nuevo, ahora sobre sus rodillas, pero Edna consiguió levantarse, ya que el teléfono seguía sonando.

—Es muy importante —dijo—. Despacharé muy pronto, créeme.

Sentado en el diván, Sheridan contempló la opulenta silueta de la joven. Sí, Edna tenía numerosos atractivos.

Y sabía hacerlos resaltar con una indumentaria adecuada.

Edna levantó el teléfono y dio su nombre. Sheridan, segundos después, oyó:

—Ah, es usted, señorita Kewan... Estuve aguardándola mucho rato en el lugar acordado... ¿Que le fue imposible? Bien, en tal caso, romperemos el trato... Ah, insiste en seguir adelante. Bien, en tal caso, tome nota... ¿Está ya? De acuerdo. Pasado mañana, a las seis de la tarde, deberá estar en Los Tres Leones, en Forrest Thorwall... A cinco kilómetros al oeste de Hollsworthy. Bien, pero no se olvide de enviarme por correo la suma convenida. Muchas gracias, señorita Kewan. Adiós.

Edna colgó el teléfono y quedó en pie, frente a su huésped, sonriendo incitantemente.

—Asunto resuelto —dijo.

—Edna, la señorita Kewan, ¿debe hacer de dama de compañía de algún individuo solitario y sin afectos? —preguntó Sheridan, malicioso.

—Es posible, pero eso no me preocupa ya demasiado, querido. ¿Y a ti?

—En estos momentos, me preocuparía otra llamada telefónica.

Edna dio un paso hacia adelante.

—Creo que ya no habrá interrupciones —dijo.

Uno de los tirantes de su vestido, de audaz diseño, resbaló lentamente a un lado. Sheridan se puso en pie.

—Conectaré una bomba al teléfono, que explotará apenas suene el timbre —exclamó.

—No hará falta, porque no contestaré a nadie —suspiró ella ardientemente.

El vestido resbaló con gran lentitud hasta el suelo. Sheridan dio otro paso y abrazó a la hermosa mujer con todo apasionamiento.

El teléfono, sin embargo, sonó a la madrugada. Sheridan maldijo entre dientes, porque aquel sonido estridente venía a cortarle el sueño en lo mejor.

—Debería de haber puesto la bomba —rezongó, en la oscuridad del dormitorio.

A su lado, Edna alargó la mano y tomó el teléfono.

—Siempre hay imbéciles... Hola, soy Edna Drutton —dijo—, ¿Cómo?' Ah, es usted, señor Ketterley... ¿Quiere verme mañana? Ah, es verdad, hoy, puesto que ya son las cuatro de; la madrugada... A las tres... Intentaré llegar a tiempo... pero quiero que conste que yo he cumplido mis compromisos... Ah, muchísimas gracias. Bueno, hasta las tres de la tarde.

Edna devolvió el teléfono a su sitio y se inclinó hacia Sheridan.

—No podré dormir mucho más —se quejó—. Tengo que levantarme muy temprano, cariño.

—Eso significa que vas a hacer un viaje largo.

—Sí, bastante.

—Edna, ¿puedo hacerte una observación? —dijo Sheridan.

—Por supuesto, querido —dijo ella, mordisqueándole la nariz mimosamente.

—Yo no soy quién para decirte nada y ya tienes años suficientes para saber lo que te conviene, pero hay cosas que no me parecen bien. A tu edad, hacer de celestina. .

—No es lo que te figuras —protestó Edna—, Simplemente, he proporcionado empleo a una chica que lo necesitaba.

—Como quieras, pero ya conoces mi punto de vista.

—Oh, no seas tonto; no es nada de lo que te imaginas. Si fuese aligo malo, no se lo habría propuesto, ¿verdad?

—Eso tú lo sabrás mejor que nadie: —respondió Sheridan.

—Está bien, dejemos ese asunto a un lado. Tú y yo tenemos ahora otro

asunto mucho más importante que resolver. ¿No te imaginas cuál es?

Sheridan sonrió. Verdaderamente, Edna era una mujer muy hermosa... y ardiente y apasionada como pocas.

CAPITULO II

El hombre estaba aterrorizado. Gruesas gotas de sudor caían de su frente y los dientes le castañeteaban audiblemente.

—Señor, juro que la culpa no fue mía...

Dos fornidos individuos sujetaban al prisionero. Delante de ellos había un hombre muy alto, de cráneo alargado, cejas picudas y nariz aguileña, vestido con una larga túnica blanca, que le llegaba hasta los pies. Había una orla de dibujos geométricos, en rojo y negro, que aliviaba un tanto la relativa monotonía del color blanco de la prenda, y por las mangas asomaban las manos, de dedos largos y huesudos, con el aspecto de garras de ave de presa.

—Cometiste un gravísimo pecado y debes purgarlo, Matthew Harris —dijo el hombre de la túnica—. Llevadlo al lugar del sacrificio —se dirigió a los guardianes—, y esperad allí mi señal.

El prisionero chillaba horriblemente. Sin hacer caso de sus alaridos, los dos fornidos guardianes lo condujeron hasta el borde de una enorme excavación, de forma circular, y lo lanzaron desde arriba de un tremendo empellón.

El suelo, sin embargo, era de tierra y arena y había algunas plantas. El ambiente era cálido, húmedo, casi tropical.

La excavación, de sección cilíndrica, medía casi doce metros de diámetro, por siete u ocho de altura. El suelo blando amortiguó la caída de Harris.

Inmediatamente, se levantó y quiso escapar, pero las paredes eran absolutamente lisas y no ofrecían el menor asidero. Harris emitía unos gritos horripilantes, que nadie podía escuchar, debido a que la excavación se hallaba situada en un recinto cerrado.

Algo empezó a moverse en uno de los lados del pozo. En el extremo opuesto, la pared era transparente, de gruesas secciones de vidrio, cubiertas por unas cortinas de tela roja.

Una mano descorrió las cortinas. Harris volvió la cabeza un instante y divisó a dos docenas de personas de ambos sexos, vestidas igualmente con túnicas blancas arrodilladas en el suelo. Frente a ellas, estaba el hombre que le había condenado a una horrible muerte.

— ¡Maldito, maldito! —gritó Harris.

Pero la pared de vidrio era lo suficientemente sólida como para impedir el paso de sus gritos. El tampoco podía oír lo que decía el hombre del cráneo de huevo.

—Una vez más, hermanos, vamos a asistir al sacrificio ritual, en honor de Shighia, nuestra diosa de la fertilidad —dijo con voz tonante-—. Clamad, hermanos, clamad, para que Shighia se digne aceptar nuestra ofrenda y que, al mismo tiempo, castigue al infiel que ha osado violar nuestros secretos. Unid vuestras súplicas a las mías, hermanos...

Los asistentes a la ceremonia iniciaron una lúgubre melopea, de ritmo

sostenido. Canturreaban, sentados sobre los talones, golpeándose los muslos con las palmas de las manos, sin quitar los ojos de la escena que se realizaba al otro lado de la pared de vidrio.

El ritmo de la melopea era crecientemente rápido, con oscilaciones tonales muy violentas y sincopadas. El hombre de la cabeza de huevo se volvió hacia la pared de vidrio y gritó:

—¡Shighia, acepta nuestra ofrenda!

Harris retrocedió al ver al monstruo que se desperezaba en el fondo del gigantesco pozo. El terror que sentía le impedía captar el horrible hedor del ambiente. De pronto, aquella cosa se enderezó un poco.

Harris chilló.

La cosa reptó lentamente hacia el hombre. Harris vio sus ojos malignos fijos en él. La lengua, bífida, entraba y salía con ominosos siseos.

De pronto, Harris empezó a correr frenéticamente alrededor del pozo. La gigantesca serpiente seguía todos sus movimientos, sin cambiar apenas de postura. Pero, al cabo de unos minutos, con brutal rapidez, lanzó su primer golpe.

Harris rodó por el suelo. En fracciones de segundo, la serpiente, de doce metros o más de largo, envolvió su cuerpo con media docena de anillos.

Los anillos hicieron presión. Las costillas de Harris crujieron horriblemente. El desgraciado aullaba de un modo espantoso, pero nadie podía escuchar su voz. Súbitamente, un torrente de sangre brotó por su boca y su cabeza se inclinó a un lado.

La serpiente, una gigantesca anaconda, continuó haciendo presión, hasta convertir en pulpa el cuerpo que había aprisionado. Luego, se desenroscó, abrió su bocaza y oprimió con los colmillos el cráneo de Harris.

Lenta e inexorablemente, el cuerpo de Harris fue deglutido por la serpiente, mientras los espectadores de la escena seguían con su monótona melopea. Cuando Harris ya no era más que un enorme abultamiento en el interior de la serpiente, el hombre de la cabeza de huevo se volvió y lanzó un triunfal alarido:

—¡El sacrificio ha sido aceptado! ¡Hermanos, Shighia ha aceptado nuestra ofrenda!

Se oyó un unánime clamor de alegría.

—¡La diosa de la fertilidad atenderá nuestras súplicas! —dijeron todos a la vez.

Y entonces dio comienzo la orgía.

* * *

La mujer entró en la estancia y se detuvo ante el hombre de la cabeza de huevo.

—Hyllum, ella está ahí —anunció.

El hombre sonrió.

—Gracias, Clara.

Durante unos segundos, contempló a la mujer que tenía frente a sí. Era también muy alta y de cuerpo excelentemente conformado. El pelo tenía un intenso color negro, lo mismo que sus pupilas. El vestido era sencillo, pero elegante al mismo tiempo.

—¿Qué piensas hacer con ella? —preguntó Clara.

—¿No te lo imaginas?

—Puede resultar peligroso.

—¿Resultó peligroso en el caso de Harrelhaw?

—Harrelhaw consiguió escapar.

—Pero murió y no pudo decir nada.

Ella se encogió de hombros.

—De todas formas, eso me preocupa menos que... tus clientes —dijo.

Hyllum se echó a reír.

—Cuando salen de aquí, se van muy confortados. Y olvidados por completo de lo que han visto.

—Alguno, quizá, pueda recordarlo un día...

--No lo recordarán. Tranquila, Clara. Sólo lo recordarían si alguien pronunciase la palabra clave, pero puesto que sólo tú y yo la conocemos, ese riesgo no existe en absoluto.

—Está bien, como quieras. ¿La hago entrar o prefieres ir tú a su habitación?

—Yo iré a hablar con ella. Tú, con Daughoo y Norsich, prepáralo todo en la forma acostumbrada.

—Hyllum, a veces me pregunto qué obtienes de todo esto que haces —dijo ella—, ¿Qué beneficio consigues?

Los ojos del hombre brillaron de un modo extraño.

—¡El beneficio de la venganza! —contestó casi a gritos.

Clara se encogió de hombros.

—Ella no te ha hecho nada.

—Tú no lo sabes, de modo, que no puedes juzgarme. Anda, haz lo que te he dicho. Y no olvides que tú también te beneficias de lo que hago.

Clara abandonó la estancia. Al cabo de unos segundos, el hombre se puso en pie y salió también.

Momentos después, abría una puerta. Edna Drutton, sentada en una silla, se levantó al verle.

—Ha tardado un poco —dijo, en son de queja.

—Lo siento, no he podido venir antes.

Edna miró al individuo y sintió frío en la espalda.

—Bien, ya que estoy aquí, hable. Tengo prisa por regresar a Londres, señor Yorkhill.

—El tratamiento correcto es doctor, señorita Drutton.

—Como quiera, doctor. Usted contrató a Rosie Sullivan por mi mediación. ¿Acaso no quedó satisfecho?

—Oh, sí, muy satisfecho, Edna, usted ya no se acuerda de mí, ¿verdad?

—Le recuerdo perfectamente. Y no es grato pensar en lo que sucedió hace algunos años. Pero los negocios son los negocios...

—Es lo que yo pensaba —sonrió Yorkhill—. Quiere acompañarme, ¿por favor?

Edna recogió su bolso y se puso en pie. Yorkhill la precedió, guiándola por el pasillo, hasta la escalera que conducía a la planta baja del enorme caserón. Una vez allí, Yorkhill abrió una puerta.

—Entre —dijo.

Edna cruzó el umbral. Vio lo que había al otro lado y sintió que le flaqueaban las piernas.

—¿A... adónde me ha traído? —preguntó.

Las manos de Yorkhill se cerraron como garras sobre sus brazos, por detrás de ella.

—Al lugar donde se va a realizar mi venganza —dijo.

Edna empezó a chillar. De pronto, alguien avanzó hacia ella y le puso ante la cara un paño empapado en una sustancia de olor dulzón, agradable y repulsivo a un tiempo. A los pocos segundos, Edna había dejado de moverse.

Más tarde, Yorkhill se inclinó sobre la mesa en que yacía Edna completamente desnuda.

—Un cuerpo espléndido —murmuró—, Pero cuando termine mi tarea, no será más que un conjunto de piltrafas.

* * *

La mano de Duke Sheridan golpeó amistosamente los hombros del inspector Villard.

—Hace tiempo que no nos veíamos —saludó.

—Un poco, en efecto.

—¿Un poco? —Rió Sheridan—. Casi un año... Mozo, dos cervezas, por favor,

—Al momento, señor.

Sheridan ofreció un cigarrillo a su amigo, pero retiró la oferta en el acto.

—Dispensa, ya no me acordaba. Como buen policía de Scotland Yard debes fumar en pipa. Hay que cuidar el ambiente, ¿no?

—Es que, aunque no fuese policía, también me gustaría fumar en pipa —sonrió Villard. Levantó su jarra y dijo—: Salud, muchacho.

—Salud —contestó Sheridan—, ¿Cómo van las cosas por el Yard? —preguntó después de un buen trago de cerveza.

—Psé, más o menos, lo mismo que siempre. ¿Y tus negocios?

—No puedo quejarme. Cada día tengo más trabajo.

—Algunos tienen suerte desde que nacieron, Duke.

—Cuando se trabaja duro y con un mínimo de inteligencia, la suerte viene sola. Como las mujeres van a los hombres guapos, claro.

—¿Las apartas con espantamoscas?

—Psé, todo depende de la ocasión... No soy un obseso del sexo, si es a eso a lo que te refieres, pero tampoco dejo de lado una buena oportunidad. Todo depende de las circunstancias, Doug.

—Sí, ya me lo imagino.

De pronto, Sheridan chasqueó los dedos.

—Oye, Doug, hace tiempo tú mencionaste algo sobre un espantamoscas. Ah, sí, ahora recuerdo; era aquel amigo tuyo que murió, convertido en un monstruo. Se llamaba... se llamaba...

—Harrelhaw.

—Sí, eso es. Bueno, ha pasado un año. ¿Qué has averiguado, Doug?

—Nada.

Sheridan miró sorprendido a su amigo.

—Doug, no me digas que la omnipotente e infalible policía metropolitana tiene ese caso sin resolver —exclamó.

—Pues aunque no lo creas, así es. Por más que hemos trabajado en el asunto, estamos como el primer día.

—¿Qué dijeron los médicos?

—Muerte por paro cardíaco. En cuanto a los cambios físicos, no se los explican.

—Vaya, no se le ocurriría ofender a algún brujo... Dispensa la broma, Doug.

—No tiene importancia. A veces, yo también he pensado si no fue cuestión de brujería. Que era Harrelhaw, no se puede dudar, pero, ¿qué le hizo cambiar tan horriblemente?

—Sigues preocupado, ¿eh?

—Sobre todo, porque ha pasado un año y no hemos adelantado una pulgada en las investigaciones. Bien, Duke, creo que debo volver a casa. Tú eres soltero y no tienes obligaciones.

—Sí, comprendo.

De pronto, Sheridan vio un rostro que le pareció conocido.

—Esa chica... —murmuró.

La mano del inspector Villard palmeó los hombros de su amigo.

—Cuidado, a lo mejor lleva un espantamoscas —dijo jovialmente.

—Correré el riesgo —respondió Sheridan, a la vez que se separaba del mostrador y se encaminaba hacia la mesa ocupada por la joven que le parecía conocida.

CAPITULO III

—Usted y yo nos hemos visto antes en alguna parte —dijo Sheridan.

La joven alzó su rostro, miró a Sheridan y sonrió.

—Tienes muy mala memoria, Duke —le reprochó—,

O quizá yo he cambiado mucho en diez años.

—De modo que me conoces... Pero diez años sin vernos significa que entonces tenías doce...

—Gracias por la galantería, pero entonces ya tenía quince. Claro que también llevaba faldita y calcetines cortos y trenzas... Y una vez te puse la zancadilla y te hice caer en la charca donde se revolcaban los cerdos del tío Magnus Keinilly...

Sheridan se santiguó.

—Mi padre, mi madre, mis tíos y toda la familia... De modo que tú eres la pecosilla Ina Webster...

—Exactamente. —Ella tendió su mano a través de la mesa—. ¿Qué tal, desmemoriado?

—Pasmado, helado, petrificado, todo lo que quieras Ina, eres algo único, maravilloso, increíble. Si llevases los ropajes adecuados parecerías un hada.

Ina rió suavemente.

—Eres muy exagerado —contestó.

—Nada de exagerado. Estás guapísima.

Sheridan contempló con ojos fascinados a la joven, cuya espléndida cabellera rubia y sus ojos azules le conferían un encanto singular, a lo que contribuía no poco la finura de sus facciones. Aun sentada, se adivinaba debía de tener una silueta escultural.

—No acabo de creérmelo, Ina —continuó Sheridan—.

Para mí, eres como una aparición... aunque nunca supuse que podía encontrarte en este lugar.

—Aquí viene gente muy seria, me parece —respondió ella.

—Eso es cierto. Pero, no sé por qué, pero me parece que esperas a alguien. ¿Cómo se llama el afortunado mortal?

Ina sonrió suavemente.

—No se trata de un hombre —contestó—. Es una cliente... bueno, quizá lo sea, si consigo convencerla de que debe venir a casa, donde hablaremos con más tranquilidad.

—Lógico, Si es una cliente, significa que tienes negocios. ¿Qué clase de negocios, Ina?

—No son negocios, sino medicina. Soy psiquiatra.

Sheridan se quedó con la boca abierta.

—Psi...quiatra... Y tan joven...

—Bueno, la medicina se me daba bien y terminé la carrera con relativa rapidez. Ahora me he especializado en psiquiatría y aunque acudo a un

hospital, también atiendo casos particulares en mi residencia.

—Es lógico. Vaya, vaya, doctora Webster... Quién lo iba a decir... —Sheridan sonrió satisfecho—. Con toda sinceridad, te felicito, Ina,

—Gracias, Duke.

—Ina, me gustaría verte de nuevo. —Sheridan sacó una tarjeta de visita—. Cuando tengas ganas de desahogarte un poco del trabajo, llámame; estaré a tus disposición en cualquier momento. Por supuesto, la diversión será honesta.

—Sé que no me propondrías otra cosa —contestó ella—. Yo también te daré mi dirección...

Hubo intercambio de tarjetas de visita. Ina leyó la de su oponente.

—Tienes una agencia de informes —dijo.

—Sí, pero no soy detective. Informes comerciales, investigaciones sobre solvencia profesional... Trabajo mucho, pero el negocio rinde.

—Entonces, la que te felicita soy yo. Ah —exclamó la joven de pronto—. Ahí está mi cliente.

Sheridan se puso en pie.

—Entonces, lo mejor es dejar de ser un estorbo. Encantado de haberte visto de nuevo, Ina.

—Lo mismo digo, Duke.

Sheridan se apartó de la mesa. La mujer que llegaba era joven, unos treinta años, elegante y distinguida, y parecía muy preocupada por algo. El rostro estaba invadido por una extraña palidez. Sus ojos estaban rodeados por unos profundos círculos violáceos.

—Debe de tener un problema muy gordo —supuso Sheridan, mientras regresaba al mostrador.

* * *

Una semana más tarde, sonó el teléfono en el despacho de Sheridan.

—Soy Ina Webster —oyó el joven.

—Ah, hola, Ina, ¿cómo te encuentras? No sabes qué, alegría me da oír tu voz.

—Duke, si mal no recuerdo, dijiste que te llamase si un día te necesitaba.

—Mantengo mi palabra —contestó él—. ¿Te sucede algo, Ina?

Sheridan observó una ligera pausa en el teléfono «Está mordiéndose los labios», pensó.

—¿Quieres venir a mi casa? —Dijo Ina al cabo—. Voy a consultarte algo y es preferible que hablemos personalmente.

—Muy bien. Estaré ahí lo antes posible.

Sheridan colgó el teléfono y se puso en pie. Tocó una tecla.

—Voy a salir, señorita —dijo a su secretaria, a través del interfono—. No sé cuándo volveré, de modo que deberá atender los asuntos de rutina Si hay alguno urgente, lamentablemente, deberá esperar. Llamaré a ¿a tarde,

¿entendido?

—Bien, señor Sheridan.

Las oficinas de Sheridan disponían de dos puertas, una de las cuales era para uso privado suyo, aunque también eran utilizadas por clientes que no querían ser vistos por otros que esperasen ser recibidos por el director de la agencia. Era una medida de discreción, que le había dado buenos resultados en todo momento.

Media hora más tarde, llamaba ante una puerta, en la que había una chapa de metal dorada, con un rótulo: DRA. I. WEBSTER, PSIQUIATRA.

Ina abrió a los pocos segundos. Contra lo que Sheridan había esperado, no llevaba bata blanca, sino un sencillo vestido azul claro, cerrado de cuello y de mangas largas. Ina parecía delgada, pero su silueta tenía unos contornos netamente femeninos.

—Pasa, Duke.

Ella le condujo a una salita íntima.

—¿Té, café o whisky? —consultó.

—Dos dedos de whisky, sin agua, gracias.

—Muy bien. Creo que yo también tomaré un poco. Francamente, hace algunos días que me siento nerviosa... Sería gracioso que tuviera que consultar a otro psiquiatra, ¿verdad?

—Ina, aunque yo no lo soy, tengo algo de psicólogo —dijo él—. A ti te hace falta desahogarte con alguien.

—Es verdad— reconoció la joven. Tendió a su huésped un vaso y se sentó frente a él—. ¿Recuerdas la cliente a quien esperaba el día en que nos vimos?

—Sí, una mujer muy guapa, aunque preocupada.

—La señora Sangster tiene motivos para estarlo, si es cierto todo lo que me ha contado, y no parece haya motivos para dudar de sus declaraciones, puesto que todo lo que me dijo fue en estado de narcohipnosis.

Sheridan silbó.

—No se habrá acusado de algún espantoso crimen, supongo —dijo,

—En tal caso, ya habría avisado a la policía... aunque no sé si acabaré haciéndolo. Duke, te he llamado a ti, porque en este caso necesito consejo de alguien de toda confianza. —Ina tomó un sorbo de whisky y se puso en pie—. Pero mejor será que oigas las grabaciones que tomé de cuanto me dijo la señora Sangster.

Ina abandonó la salita, para volver al cabo de unos momentos con un magnetófono en las manos. Conectó el aparato a una toma de corriente y luego presionó la tecla de puesta en marcha.

Sheridan se arrellanó en su butaca, concentrándose en las palabras que salían, por el altavoz. Una hora más tarde, miró a Ina con el horror retratado en sus facciones.

—Eso... parece increíble —dijo.

—Yo también lo creía así, al terminar la primera sesión. Hice que volviese un par de días más tarde y ella repitió todo de manera idéntica. No hay duda

acerca de lo que sucedió en... ¿Dónde, Duke?

—¿No te lo ha dicho la señora Sangster?

—En ese aspecto, su mente sufre un bloqueo absoluto. Sólo consigue recordar la sala con la pared de vidrio y la anaconda devorando a un hombre vivo. Ella, en esos instantes, creía que era una diosa... Así se lo hacía creer el sacerdote de ese culto bárbaro y sanguinario... al que llaman El-Más-Grande... Después de la muerte de aquel desagraciado, hubo una orgía sexual... Algo verdaderamente repugnante, créeme... Dos docenas de hombres y mujeres comportándose como bestias.

—Y todo ello por conseguir ser fecundada y tener un hijo que desea ardientemente.

—Sí. Lorraine Sangster y su esposo deseaban tener un hijo propio. No son como otros matrimonios, que se consuelan con hijos adoptivos. Ignoro cómo, pero cayeron en manos de El-Más-Grande... y lo que has oído es el resultado del «tratamiento».

—Ina, ¿por qué no hablas con el señor Sangster?

—Imposible. Murió hace algunas semanas, atropellado por un camión de transporte.

—Si se trata de un caso criminal, la muerte de Sangster puede resultar muy oportuna —murmuró Sheridan.

—Duke, ¿qué hago? —preguntó Ina, muy afligida—. Es que... además, falta lo más horrible.

—¿Mas horrible que un hombre devorado vivo por una boa gigantesca?

—Bueno, en cierto modo. La señora Sangster sostiene la teoría de que fue violada por El-Más-Grande.

—¿No lo sabe seguro?

—Cree que le dio una droga... He hecho que fuese a un ginecólogo. Los análisis han dado resultado negativo; no está embarazada. Duke, en alguna parte de este país suceden cosas verdaderamente espantosas. Una especie de congregación de fanáticos, asisten a sacrificios humanos... y luego se entregan a las mayores depravaciones... ¿Quién y por qué inspira todos estos actos tan horripilantes?

Sheridan se puso en pie,

—Creo que merece la pena investigar un poco —dijo—. ¿Me permites que haga algunas gestiones?

—Por supuesto.

—Entonces, si no te parece mal, iré a hablar en persona con la señora Sangster. Dame su dirección, ¿quieres?

Ina se levantó y fue a su despacho, para volver segundos más tarde con un papel en la mano.

—Aquí tienes —dijo—, ¿Quieres que te acompañe?

—No, es preferible que vaya yo solo. Ya te llamaré más tarde... y procura calmar tus nervios.

Ina sonrió de mala gana.

—Casi mi primer cliente de importancia y ya ves que cosas tan horribles he tenido que escuchar —dijo.

—Si sigues en la profesión, quizá algún día oigas cosas aún peores —contestó Sheridan.

Al entrar en su coche, consultó el plano de Londres. No tardó en encontrar las señas de Lorraine Sangster.

También encontró a la señora Sangster. Estaba en su casa, tendida en la cama, sin una sola prenda de ropa encima.

Muerta. Con un enorme cuchillo clavado hasta la empuñadura en el vientre, un poco más abajo del ombligo.

CAPITULO IV

Sheridan fue a la cocina y puso la cafetera al fuego. En la salita, el inspector Villard, estaba concentrado en escuchar las confesiones de la señora Sangster.

Ina parecía abrumada por la noticia. Sheridan había tratado de animarla, pero la joven estaba bajo los efectos de una fuerte depresión. Le había aconsejado llamar a un médico, pero ella se había negado en redondo.

—Ya se me pasará —había dicho—. Es natural que me encuentre muy afectada. Lo que menos podía esperar es que mi paciente acabara suicidándose...

El inspector Villard estaba entregado por completo a la audición de las cintas grabadas. Duke vino desde la cocina con una bandeja en las manos y sirvió tres tazas de café muy fuerte. En el de Ina puso unas gotas de coñac.

—Anda, bebe, esto sienta bien siempre —dijo persuasivo, en voz baja.

Ella contestó con una pálida sonrisa. Villard, sin decir nada, señaló la botella, Sheridan sonrió, mientras buscaba una copa.

A pesar de la hora tan avanzada, ninguno tenía sueño. Mucho más tarde, Villard apagó el magnetófono.

—La verdad, son unas revelaciones muy sorprendentes —dijo.

—Horripilantes, es la palabra adecuada -—observó Sheridan.

—Pero no encuentro en esas declaraciones nada que permita suponer tendencia al suicidio. La señora Sangster se sentía profundamente afectada por lo ocurrido; sin embargo, no daba la sensación de querer atentar contra la propia vida.

—Doug, ¿tú crees en la hipótesis del suicidio? —preguntó Sheridan.

—Está claro, ¿no?

El teléfono sonó en aquel momento. Sheridan lo levantó, escuchó unos instantes y luego se lo pasó al policía.

—Es para ti —indicó.

—Gracias.

Sheridan e Ina contemplaban ansiosamente a Villard. Al cabo de unos momentos, Villard dejó el teléfono nuevamente en su sitio.

—Confirmado. Es un suicidio —dijo.

—¿Por qué estás tan seguro, Doug?

—Está claro: en el mango del cuchillo no hay otras huellas que las de la señora Sangster —respondió el policía—. Mira, Duke, ella, no sabemos aún cómo, ni lo sabremos más, se sintió horrorizada por el recuerdo de la violación de que había sido objeto por parte de ese misterioso individuo conocido por el sobrenombre de El-Más-Grande. A usted, doctora, le dijo que no estaba del todo segura, pero, de repente, pudo recordarlo con toda claridad. Entonces, se clavó el cuchillo... precisamente en ese sitio, en el lugar donde el ser humano inicia su desarrollo tras la concepción. En la matriz, para ser más

exactos.

Sheridan alzó una mano.

—Doug, creo que hay varios puntos que contradicen tu teoría —manifestó—. En primer lugar, ella no estaba embarazada. En segundo lugar, yo, que la encontró, y después los demás policías, tú incluido, pudimos ver que ella aparecía completamente quieta. Doug, una persona que se suicida clavándose un cuchillo, aunque sea en el corazón y acierte a la primera, no fallece absolutamente « en el acto». El cuerpo tiene una reacción muscular instintiva; hay sacudidas causadas por los espasmos, y más si se trata de un caso como el de la señora Sangster, en el que la muerte ocurrió más por hemorragia que por la misma herida. Si ella se hubiese clavado el cuchillo ahí, para castigarse a sí misma, después de inferirse la puñalada, habría saltado de dolor... Seguramente, sus manos se habrían crispado en las sábanas o en la almohada... Acaso hubiera caído al suelo, revolcándose horriblemente... Pero nunca se habría quedado quieta como una estatua, ¿comprendes? Tal vez, si se hubiese disparado una pistola en la sien, la pérdida instantánea del conocimiento habría provocado esa situación de absoluta inmovilidad. En este caso, no, rotundamente no. El suicidio ha sido simulado... y el asesino le clavó el cuchillo en esa región corporal, precisamente para engañar a la policía.

Villard se acarició la barbilla pensativamente.

—Es posible que tengas razón, pero ¿qué me dices de las huellas dactilares?

—Doug, quizá ella estaba ya sin conocimiento cuando le clavaron el cuchillo. Después de muerta, o cuando todavía vivía, pusieron su mano en torno al mangó del cuchillo. El asesino, por supuesto, llevaría guantes, y así disfrazó como suicidio, lo que no es sino un asesinato.

—Quizá tengas razón —admitió el policía—. De todos modos, aún falta conocer los resultados de la autopsia, que no se ha iniciado siquiera. Cuando el forense me envíe su informe, podremos saber la verdad.

Villard se volvió hacia la muchacha,

—Doctora, me gustaría llevarme estas cintas —dijo—. Si no tiene inconveniente, ordenaré que saquen una copia. Luego le devolveré los originales.

—Desde luego, inspector —accedió Ina.

Villard meneó la cabeza,

—Es una lástima —dijo—. La señora Lorraine habló de muchos adeptos de esa extraña religión, pero no dio ni un solo nombre.

—Tal vez no se conocían entre sí —apuntó Sheridan.

—Es posible. Bien, Duke, gracias por tu ayuda. Doctora, ¿necesita algo de la policía?

—No, muchas gracias —contestó Ina.

Villard se marchó. Sheridan tomó con las suyas las manos de la muchacha.

—No sé qué decirte... Me imagino que para un médico, conocer un fin tan brutal de un paciente debe de resultar muy poco agradable. Si no te sientes

bien, me quedaré aquí. Dormiré en el diván.

Ina esbozó una sonrisa.

—Puedes irte tranquilo —contestó—. Creo que ya me he recuperado, Duke.

—Me alegro mucho. —Sheridan echó a andar hacia la puerta—. Te llamaré mañana.

—Cuando gustes.

Sheridan salió a la calle. ¿Qué horrible misterio encerraba aquella muerte que se había intentado hacer pasar como suicidio y que no era sino un bestial asesinato? ¿Un crimen ritual?

Cuando llegó a su casa, no había hallado todavía una solución satisfactoria para aquel enigma.

* * *

El coche se detuvo bruscamente, en un camino absolutamente solitario. En su interior viajaban un hombre y una mujer. El hombre abrió la portezuela del otro lado y empujó a la mujer fuera del vehículo.

—¡Vamos, lárgate! —dijo.

Ella rodó por el suelo Sin levantarse, miró con ojos llameantes al sujeto que estaba tras el volante.

—Me vengaré —gritó.

Se oyó una burlona carcajada.

—¡Yo sí me he vengado! —Dijo el hombre—. ¿No te has visto hoy en el espejo? Ahora podrás mirarte a diario... aunque te aseguro que no soportarás por mucho tiempo el espectáculo que es tu cara. ¡Maldita zorra, muérete pronto!

El coche arrancó con un rugido. Edna Drutton hizo un esfuerzo y se puso en pie.

Hacía poco que se había despertado. No sabía dónde estaba. El lugar le resultaba absolutamente desconocido. Jamás había estado antes en aquellos parajes. Además, era de noche.

La oscuridad era absoluta. Los árboles, que se movían a causa de una ligera brisa, formaban sombras espectrales. Edna se sentía aterrorizada, pero aún sentía más miedo de sí misma.

Al cabo de unos momentos, sin embargo, cobró ánimos y se puso en pie. El camino, estrecho, resultaba algo más claro que la zona de vegetación que lo flanqueaba por ambos lados. Edna se notaba las piernas muy flojas, aunque supuso se debía al narcótico. Indudablemente, en aquella debilidad también intervenía el largo tiempo que había permanecido inconsciente. ¿Dos semanas? ¿Cuatro?

No sabía calcularlo. El tiempo había dejado de ser algo concreto para ella. Por lo que había podido ver en el espejo, sin embargo, habían debido transcurrir de cuatro a seis semanas como máximo.

De súbito, creyó entrever una luz a lo lejos.

Esperanzada, sacó fuerzas de flaqueza y echó a correr a campo traviesa. Había mucha hierba y el suelo era irregular. Tropezó un par de veces y se cayó, pero volvió a levantarse.

La luz estaba cada vez más cerca. Debía de ser de alguna granja. Los granjeros, pensó, eran muy madrugadores.

Unos perros ladraron súbitamente. Edna encontró una cerca y abrió la puerta. Alguien abrió una ventana

—Si son ladrones, sepan que tengo una escopeta cargada —gritó el hombre.

—No soy una ladrona… Necesito ayuda... —chilló Edna, aterrada al ver que los canes corrían hacia ella, ladrando furiosamente.

El granjero detuvo a los perros, que se retiraron de mala gana. Edna avanzó tambaleándose. Sus fuerzas físicas estaban al borde del agotamiento. Llegó a una puerta y se apoyó en ella con ambas manos.

La puerta se abrió bruscamente y Edna cayó en el interior de la casa. El hombre se precipitó a socorrerla. Una mujer, atándose los cordones de la bata, bajaba del piso superior.

—¿Quién es, Danny?

—No sé... Esta mujer pide ayuda y...

El granjero sostuvo a Edna por los hombros. Entonces, la mujer vio su cara y empegó a chillar.

—¡Dios santo, qué cosa tan horrible! —exclamó el granjero.

Edna se sentía completamente desfallecida. En su cerebro, sin embargo, había una idea fija.

—Por favor, ¿quieren decirme qué día es hoy?

—Claro que sí. Veintitrés de setiembre de mil novecientos setenta y cinco, señora.

Los ojos de Edna se desorbitaron.

—¡Un año! —exclamó—. ¡Ha pasado un año! Entonces, súbitamente, perdió el conocimiento.

—¿Qué hacemos ahora, Martha? —exclamó.

El desconcertado granjero la depositó en el suelo. Su esposa reaccionó con relativa rapidez.

—Avisar a la policía —contestó.

* * *

El timbre del teléfono distrajo la atención de Sheridan, concentrado en la lectura de irnos documentos. Sin levantar el auricular, pulsó una tecla.

—¿Sí? —dijo.

—Señor, llama el inspector Villard, de Scotland Yard —informó la secretaria.

—Está bien.

La voz del policía resonó bien pronto en el despacho:

—¡Duke! Confirmado, no es un suicidio.

—¿Qué dice el informe forense?

—En términos profanos, le fue suministrado un narcótico. Se ha encontrado la huella de una inyección bajo el omoplato izquierdo. Es probable que la víctima recibiera a alguien conocido. Hablaron, discutieron... vete a saber. Tal vez, en un momento del diálogo, ella le volvió la espalda y el asesino le clavó la aguja.

—A pesar de todo, la pérdida de conocimiento no se produjo instantáneamente, Doug.

—Lo sé, pero no hemos encontrado señales de lucha ni huellas de una mano en su cara, como las que tendría que haber si el asesino la hubiese sujetado unos minutos, para impedir que gritase.

—Eso se evita de una forma muy sencilla, Doug —dijo Sheridan—. Si tú le pones el brazo ante la boca, por ejemplo, es decir, tapándola con el hueco del codo, y esa presión dura muy poco, las señales no se notarán jamás.

—Puede que sea como dices. Bien, de todos modos, vamos a rastrear todas las amistades y conocimientos de los Sangster. Algo conseguiremos y ya te avisaré. Díselo a tu amiga, la doctora Webster.

—De acuerdo. Gracias, Doug, eres un buen amigo.

Sheridan cortó la comunicación y volvió al trabajo. Hablaría con Ina más tarde. Ella también tenía sus ocupaciones.

Unos minutos más tarde, la secretaria volvió a llamarle:

—Señor, llaman del hospital de Barnstaple. Dicen que es muy urgente —informó.

Sheridan se extrañó de la llamada.

—¿Barnstaple —repitió—. No conozco a nadie... En fin, páseme la llamada.

—Sí, señor.

Sheridan oyó una voz de hombre a los pocos segundos:

—Soy el doctor Crockitt, director del hospital. ¿Tenso el honor de hablar con el señor Sheridan?

—Así es. Dígame, doctor, ¿qué sucede?

—Verá, tenemos aquí a una paciente, que nos ha sido internada a primeras horas de la mañana. Ella citó su nombre y dirección en Londres, pero no el teléfono; nos ha costado un poco... En fin, esto no tiene importancia. La paciente se llama Edna Drutton y desea verle cuanto antes.

—¡Edna Drutton! —Exclamó el joven, atónito—, Pero si hace lo menos un año que no sé nada de ella... ¿Qué tiene, doctor?

—Bien, eso es lo curioso del caso. Para ella, ese año de tiempo ha transcurrido en unas pocas semanas. Se halla muy postrada, en un estado de casi absoluto agotamiento y fuertemente influenciada por un choque psíquico, cuyo origen me parece muy extraño. Pero, ¿por qué no viene usted y habla personalmente con ella? Le llama casi continuamente.

Sheridan se mordió los labios, La llamada de Edna le pillaba en un momento particularmente comprometido de trabajo. Pero había sido una buena amiga y no podía desatender aquella petición.

—Doctor, la distancia de Londres a Barnstaple es muy grande. No sé si podré llegar hoy... Aunque si su estado es crítico, haría un esfuerzo...

—Está muy mal, pero resistirá —dijo Crockitt.

—Perfectamente. Entonces, dígale que mañana mismo me tendrá a su lado. Muchas gracias, doctor.

—A usted, señor Sheridan.

La mano de Sheridan subió luego hasta su labio inferior, para pellizcárselo con gesto preocupado. ¿Qué le sucedía a Edna? ¿Por qué tenía aquella obsesión de considerar que un año había pasado en unas pocas semanas? ¿Y el shock psíquico, qué era?

De pronto, alargó el brazo y levantó el teléfono. Instantes después, se hallaba en comunicación con la doctora Webster.

—Ina, quiero pedirte un favor —dijo.

CAPITULO V

El doctor Crockitt era un hombre todavía joven y de agradable apariencia. Cuando Sheridan se presentó, estrechó su mano con firmeza y lo mismo hizo' con Ina, Cuya condición de psiquiatra anunció el joven al dar su nombre.

—Me parece muy acertada su presencia, doctora —dijo Crockitt—. Creo que usted podrá ayudar mucho al señor Sheridan... y quién sabe si también a mí, porque, francamente, no acabo de comprender lo que le sucede a la señorita Drutton. Vengan, por favor.

Instantes después, Crockitt se detenía ante la puerta de un cuarto, parte de cuya pared estaba acristalada. El médico alzó una mano.

—Miren antes de entrar —dijo—. Ahora está dormida, pero, vean lo que vean, no hagan gestos extraños.

Sheridan se acercó a la ventana. A pesar del aviso del médico, no pudo contener un respingo.

—Oiga, esa señora no es Edna Drutton —dijo, un tanto amostazado—. Yo la conocía muy bien, tengo motivos más que fundados para afirmar que no me equivoco. No, absolutamente no, ella no es Edna Drutton.

Ina, por su parte, tenía la nariz pegada a los cristales. Sentíase horrorizada al ver aquel espantoso rostro, de una fealdad repulsiva, surcado por enormes cicatrices y con la piel espantosamente arrugada. En muchos sitios de su cara, parecía como si se la hubiesen construido arrojándole pellas de carne. Las manos, asimismo, estaban llenas de cicatrices.

De pronto, la enferma se agitó.

—Pasen —indicó Crockitt.

Sheridan tragó saliva y abrió la puerta. Entonces, Edna distinguió sus facciones y alzó hacia él una mano.

-—Duke..., al fin... —dijo dificultosamente.

—Soy Duke Sheridan, en efecto —contestó el joven—. Pero usted, señora...

—Soy Edna, Edna Drutton. Ese hombre me torturó horriblemente, me cambió la cara, las manos, el cuerpo incluso... ¡Mira!

Edna apartó a un lado las ropas de la cama y se subió el camisón. Ina retrocedió un paso sin poder evitarlo.

Sheridan sintió náuseas. Conocía muy bien la espectacular figura de Edna. No, aquella horrible masa de piel, cubierta de enormes cicatrices, no era el maravilloso y ardiente cuerpo de la Edna que él había conocido.

Parecía como si la paciente hubiera sido sometida a infinidad de operaciones quirúrgicas y luego los médicos hubieran cosido las incisiones de cualquier manera. Los bellos senos que le habían recreado tanto la vista eran ahora dos fláccidos sacos de piel.

Ina reaccionó prestamente y corrió a cubrirla.

—Tranquilícese, señora —dijo—. Estamos aquí para ayudarla.

—Pero soy Edna Drutton —insistió la paciente.

De pronto, Sheridan oyó unos nudillos en los cristales de la ventana. El doctor Crockitt, con unos papeles en la mano, le hacía señas de qué saliera al pasillo.

—Atiéndela, Ina —dijo brevemente.

Sheridan abandonó la habitación. Crockitt le dirigió una mirada.

—Scotland Yard confirma la identidad de nuestra paciente —dijo—. La policía envió sus huellas dactilares y aquí tenemos la respuesta.

De súbito, Sheridan recordó un caso sucedido un año antes.

Louis Harrelhaw había aparecido muerto, convertido en un monstruo irreconocible. Pero sus huellas habían delatado claramente su personalidad.

—Gracias, doctor —dijo—, ¿Podemos seguir con la paciente?

—No la fatiguen demasiado —recomendó el galeno.

Sheridan entró de nuevo en la habitación. Edna le tendió su mano.

—Ayúdame, Duke... Lo hizo él...

—Tranquilízate, Edna, por favor. —Sheridan miró a la muchacha que estaba al otro lado de la cama—. Sí, es Edna.

—Siempre lo he sido, pero ese horrible hombre se vengó de mí...

—Edna, la doctora Webster es psiquiatra —dijo Sheridan con acento persuasivo—. ¿Por qué no le cuentas a ella, con absoluta confianza, todo lo que te ha pasado?

—Es que... no recuerdo bien... Me citaron en...

Edna empezó a hablar. Ina, prevenida, había llevado consigo un magnetófono y grababa cada una de sus palabras. Al cabo de un rato, Crockitt se asomó a la puerta.

—Procuren terminar pronto, por favor —pidió.

—Cinco minutos más, doctor —dijo Ina.

Crockitt se marchó. Edna seguía hablando. De pronto, entró una enfermera.

— Perdonen, tengo que inyectarle un sedante —dijo.

—Sí, desde luego. —Ina se inclinó sobre la paciente—. Volveremos pronto, se lo aseguro.

Al salir, se dirigieron al despacho de Crockitt, quien les informó de que Edna había sido recogida en la casa de unos granjeros, a unas doce millas de distancia al Sudoeste. Danny Rowaitt había sido el autor del aviso a la policía, que se había encargado de trasladarla al hospital inmediatamente.

Sheridan agradeció a Crockitt su interés y declaró hallarse dispuesto a sufragar los gastos de estancia de Edna en el hospital.

—Creo que hoy me quedaré en Barnstaple, a fin de visitarla de nuevo mañana —dijo.

—Como guste, señor Sheridan.

Terminada la entrevista, salieron a la calle. En la puerta, Sheridan encendió un cigarrillo.

—¿Qué opinas, Ina? —preguntó.

—Edna dice que ha estado todo un año en poder de ese tal Farrington, pero que no recuerda o no sabe en qué lugar se encuentra la casa donde ha sido tan horriblemente torturada. No obstante, nos ha dicho el lugar donde fue citada y en el que alguien acudió a buscarla. Tú lo has oído tan bien como yo: la recogieron en un coche... y ahí comienzan sus períodos de amnesia.

—Ahora bien —prosiguió la muchacha—, no cabe la menor duda que, durante un año, Edna ha estado sometida a una serie constante de operaciones quirúrgicas, a fin de cambiar su aspecto en todos los sentidos. Prácticamente, pues, se ha pasado este año en la inconsciencia, con muy cortos espacios de lucidez. Pero ni aun esto debería casi preocupamos, Duke. Lo importante, más que nada, es: ¿por qué lo hicieron? ¿Por qué, si se trata de una venganza, como sostiene ella, Farrington la ha torturado todo un año?

Sheridan meneó la cabeza.

—La respuesta es sólo posible, si se piensa en una persona dominada absolutamente por un sadismo que a nosotros, personas normales, nos resulta inconcebible. Pero, sea como sea, debemos empezar a trabajar. O, mejor dicho, empezaré a trabajar yo solo, porque tú tienes tus ocupaciones.

—¡No, te acompañaré! —dijo Ina impulsivamente—. A mí también me concierne este caso. ¿Empezamos primero por la granja de los Rowaitt?

—De acuerdo. Pero ¿no te parece que antes deberíamos tomar un pequeño refrigerio? Nos hemos levantado a las cinco de la mañana y a las seis estábamos en la carretera. No quisiera parecerte un tipo sin sentimientos, pero mi estómago está protestando...

Ina se echó a reír.

—No se puede trabajar con un motor sin combustible —dijo.

En aquel momento, pasó por delante de ellos una mujer. A Sheridan le pareció que era la enfermera que había propinado un sedante a Edna, pero no hubiera podido asegurarlo. El pelo negro, peinado corrientemente, las gafas de gruesos cristales, el vestido nada atractivo... «Una mujer muy vulgar», pensó maquinalmente.

La mujer subió a un «Morris» y se alejó. Sheridan se despreocupó de ella, asió el brazo de Ina y la empujó hacia su automóvil.

—Vamos a repostar —dijo.

* * *

Danny Rowaitt suspendió el trabajo un instante, clavó en el suelo las puntas de la horca con la que llenaba de heno un remolque y puso el pie en el borde de la herramienta.

—Esa pobre mujer —dijo, como respuesta a la pregunta de Sheridan—. Nunca había visto una cara tan horrible... He oído la radio y parece ser que se trató de un accidente y fue muy mal curada... Claro que los médicos, hoy día, hacen prodigios con la cara de las personas... Pero a ustedes les interesa saber de dónde vino ella, ¿verdad?

Sheridan asintió.

—Así es, señor Rowaitt.

La mano del granjero se tendió hacia un punto.

—Por lo que yo sé, vino de allí —contestó—. A dos millas hay un camino secundario, que apenas se utiliza. Ahora bien, aunque esta comarca está poco menos que deshabitada, yo conozco a todos los vecinos, si es que se les puede llamar así. Son gente de confianza, créame.

—Ella vino de madrugada —dijo Ina.

—Todavía era de noche cerrada, lo que sucede es que yo madrugo mucho. Seguramente, vio la luz del dormitorio y se orientó para llegar hasta aquí. Mi mujer y yo nos llevamos un susto tremendo, créame.

—Comprendo —sonrió Sheridan—. Muchas gracias, señor Rowaitt.

—Al contrario, ha sido un placer. Ah, si se dirigen a ese camino, tendrán que dar un pequeño rodeo por el Oeste. Pero tengan cuidado con la desviación, porque conduce directamente a la zona de ciénagas.

—¿Ciénagas? —se sorprendió Ina.

—Pues sí, aunque están relativamente lejos de este lugar. Sin embargo, podrían llevarse una sorpresa desagradable, a menos que tengan cuidado. Hay sitios donde una persona podría hundirse y desaparecer para siempre. Nosotros no vamos jamás por allí; eso se queda para algunos cazadores chiflados. En las ciénagas siempre hay aves...

—Por supuesto, ya sabemos lo que pasa —cortó Sheridan—, Mil gracias, señor Rowaitt.

Regresaron al coche. Sheridan se puso al volante. Cuando arrancaban, dijo:

— Mañana iré a Querney Cross —anunció—. Edna fue citada en ese pueblo, en la taberna La Garra del Halcón. Alguien sabrá darme datos de la persona que fue a recogerla allí.

—¿Tenía coche Edna? —preguntó Ina.

—Desde luego, pero fue a Querney Cross en un taxi alquilado. Eso tiene una explicación muy fácil: si pensaban tenerla oculta durante todo un año, el coche abandonado habría podido originar una investigación, en nada conveniente para ese demoníaco doctor Farrington.

—De todos modos, hay algo que no acabo de entender, Duke. ¿Por qué la dejó ir Farrington, si ella puede hablar?

—En primer lugar, no puede decir todo lo que sería conveniente para las investigaciones, nuestras y de la Policía. Y, en segundo lugar, la ha dejado libre, porque ésa es su venganza: convertir a una hermosa mujer en un monstruo de fealdad.

Ina se estremeció.

—Duke, ¿cómo pueden existir en este mundo seres de mente tan abyecta? —murmuró.

—Muchacha, eres psiquiatra y llegarás a oír cosas horribles. Por desgracia, este mundo es un asco.

—Pero nos gusta vivir en él —sonrió la joven.

—Eso sí es verdad.

—Duke, tú conocías bien a Edna. ¿Qué era, a qué se dedicaba?

—Bueno, hacía de todo un poco... incluso de celestina si se presentaba la ocasión. Tenía amistades, relaciones, organizaba fiestas, ponía en contacto a hermosas mu-chachas con personajes adinerados, muy discretamente, por supuesto...

—Y a ti te gustaba ella.

—Ina, no pienses mal... del todo. Muchas veces, Edna era para mí fuente de informes de verdadero interés.

—Y tú se los pagabas, claro.

—¡Qué ganas de buscarle tres pies al gato! —suspiró

Sheridan—, Ina, uno es hombre y... Bueno, a veces, claudica ante unos ojos hermosos y una sonrisa amable, en unos labios cálidos... Psiquiátricamente hablando, creo que me prefieres así.

—¿Mujeriego?

—No lo soy en el sentido estricto de la palabra, pero te disgustaría muchísimo si supieses que soy del «otro bando». Al menos, por amistad.

—¡Hombre, es que pones cada ejemplo!

Sheridan se echó a reír

—Si me ofrecen una manzana apetitosa, no la rechazaré —dijo—. A menos de muy especiales circunstancias, un grave compromiso, por ejemplo. Pero Edna no tenía ningún compromiso, salvo con ella misma

—Vaya, será cosa de felicitarte —dijo ella burlonamente.

—Son puntos de vista, querida. Y no te vayas a creer que entre Edna y yo había un lío permanente, ni tampoco sucedía algo cada vez que nos encontrábamos. La última vez que nos vimos, sucedió... porque tenía que suceder, eso es todo.

—Una buena filosofía, Duke. Algún día, espero, sentarás la cabeza.

—Está muy firme sobre los hombros y no soy un obseso sexual —contestó él.

La conversación derivó luego hacia el tema que tanto les preocupaba. De pronto, cuando había pasado ya casi una hora desde que abandonaran la granja, encontraron una valla que cerraba el camino, con un indicador de dirección.

—Por ahí no podemos ir —dijo Sheridan—; ese camino lleva directamente a la ciénaga.

CAPITULO VI

Sheridan golpeó el volante hacia su derecha y el automóvil se adentró por un estrecho camino, muy descuidado, cuyo pavimento se hallaba en deficientes condiciones. Sin saber por qué, Ina se sintió muy aprensiva.

El camino serpenteaba entre la vegetación, cada vez más abundante y espesa. Las hierbas crecían por todas partes. Ina se preguntó si alguien utilizaba aquella ruta, por la que no parecía haber pasado un vehículo en mucho tiempo.

De repente, cuando ya habían recorrido un par de kilómetros, encontraron que el camino se hundía en un extenso charco de agua, en el que crecían multitud de plantas acuáticas. Ina percibió un poco agradable olor y se estremeció al ver algunos árboles muertos.

—Duke, me parece que te has equivocado —dijo.

—Oh, no puede ser. La indicación del desvío señalaba bien claramente el camino —dijo él.

El coche rodaba ahora a muy escasa velocidad. Las ruedas delanteras se hundieron en el agua.

—¡No sigas, Duke! —gritó Ina.

Sheridan frenó en el acto, más por satisfacer a la muchacha, que por temor propio. Pero las cuatro ruedas del vehículo habían entrado ya en el charco.

Repentinamente, el coche empezó a hundirse

—¡Atrás, Duke, atrás!

Sheridan movió la palanca de cambios y pisó el pedal del gas a fondo. Un ruido extraño salió del motor, junto con una gran cantidad de humo.

—¡Maldición! ¡El tubo de escape está sumergido!

Inmediatamente, cortó el contacto. Al asomarse por la ventanilla, vio que el agua llegaba casi al borde inferior de la portezuela.

—Ina, no te dejes llevar por el pánico —aconsejó—. Vamos a pasar primero al motor y luego al techo del automóvil. De allí saltaremos a terreno firme, ¿entendido?

—Sí —contestó ella, muy pálida.

Sheridan abrió la portezuela y sacó primero Ja parte superior del cuerpo. Con bastantes dificultades, debido a la postura consiguió situarse sobre el motor, de donde pasó al techo. Una vez allí, se arrodilló y tendió una mano.

—Ina, ahora tú.

La joven tomó la mano que le ofrecían.

—Por fortuna, se me ocurrió ponerme pantalones —dijo sonriendo.

Instantes después, se hallaban en el techo. Sheridan se inclinó a un lado y evaluó su situación con ojos críticos.

—Es posible que el coche no se hunda del todo, pero me parece que ya puedo darlo por perdido. Escúchame bien, Ina. Vuelve al motor; necesito aunque no sean más que tres pasos de carrerilla para llegar lo más lejos

posible. Una vez que esté yo en el suelo, tú saltarás y yo te ayudaré en el momento de la caída, ¿Estamos?

Ina sonrió valerosamente.

—De acuerdo.

—Dame tu bolso, por favor.

Ella se lo entregó. Sheridan lo arrojó a veinte pasos de distancia. Luego, cuando Ina se hubo situado sobre la tapa del motor, él tomó impulso y saltó hacia adelante con todas sus fuerzas.

Los zapatos se le hundieron en un charco, pero el suelo era consistente y resistió su peso. Maldiciendo amargamente de la imprudencia cometida, se volvió hacia la muchacha y extendió los brazos.

—¡Ahora tú, Ina!

Pero la muchacha no pareció oír su voz. Estaba vuelta parcialmente de espaldas a él y tenía la vista fija en algo horripilante, que parecía haber surgido de la ciénaga como por arte de magia.

Sheridan dirigió su mirada hacia aquel lugar y se sintió helado de espanto al ver el gigantesco reptil que, moviéndose con absoluto silencio, se encaminaba en busca de la apetitosa presa que era la muchacha.

* * *

Ina se hallaba aún sobre la tapa del motor, con los ojos morbosamente fijos en la gigantesca serpiente que reptaba hacia ella. De pronto, cuando la cabeza del ofidio tocaba ya el guardabarros delantero, Ina corrió al techo, y, de una forma que a Sheridan le pareció absurda e incongruente, saltó hacia arriba.

Las manos de la muchacha se aferraron a la rama de un árbol muerto que caía directamente sobre el charco. Luego, con insospechada agilidad, se encaramó a la rama y quedó en ella a horcajadas.

—¡Por el amor de Dios, eso no! —gritó Sheridan, exasperado.

La colosal serpiente se movía con insólita rapidez. Ya estaba en el motor y su enorme cabezota, de la que asomaba la lengua bífida con rápidas alternativas, tocaba ya el borde del techo. Las piernas de Ina estaban a menos de dos metros del vehículo.

Sheridan se sentía pasmado. Aquel cuerpo, aún parcialmente oculto en la charca, tenía más de treinta centímetros de grosor. Pero él sabía que los reptiles, que ingieren enteras sus presas, son capaces de dilataciones increíbles. Si la anaconda alcanzaba a Ina, la muerte de la muchacha podía darse por segura.

Ina había cometido una imprudencia, pero no era el momento de hacerle reproches. Lo más que podía hacer era escapar de aquella rama a otra, pero el tronco del árbol estaba casi en mitad de la charca y si lo abandonaba, podía hundirse en un lugar sin fondo o ser atrapada sin dificultades por el reptil.

Sheridan buscó desesperadamente con la vista algo que le permitiera contrarrestar el avance de la serpiente. De repente, vio un trozo de árbol, de

grandes dimensiones, más o menos como su torso. Podía dar resultado, se dijo.

Sin vacilar, agarró el tronco, parcialmente hueco y lo lanzó hacia adelante con todas sus fuerzas. El improvisado proyectil rodó por el techo del automóvil y chocó con la serpiente, medio metro más abajo de su cabeza.

La reacción del reptil fue instantánea. Emitió un horrible silbido y se volvió para enroscarse en torno a lo que suponía un enemigo. Al hacerlo resbaló del coche y cayó sobre el charco, con ruidoso chapoteo.

—¡Ahora, Ina! ¡Descuélgate y salta! —gritó él.

La muchacha obedeció sin vacilar. Mientras, la anaconda parecía luchar furiosamente contra un enemigo que no se resistía.

Ina saltó, Sheridan adelantó un par de pasos, con los brazos extendidos, ayudándola a evitar una caída dañina. Luego tiró de ella. Ambos corrieron frenéticamente, hasta situarse en un terreno de absoluta firmeza.

Desde allí, se volvieron. La anaconda había visto ya que aquel objeto no era ningún enemigo y volvía a la carga. Pero en el coche ya no quedaba ninguna presa.

Sheridan recobró el bolso y pasó una mano por la cintura de Ina, que parecía a punto de desfallecer. Con ojos fascinados, contemplaron el espectáculo que era la serpiente sobre el automóvil, como si fuese su dueña.

El reptil les miró furiosamente. Sheridan y la muchacha retrocedieron unos pasos.

—Ya no hay motivo para sentir temor —dijo él—. Es una anaconda, un reptil acuático, preferentemente, y aunque nos persiguiese, nosotros nos moveríamos con mucha mayor rapidez.

—Tenemos que hacer algo, Duke —exclamó Ina—. No podemos consentir que ese horrible reptil merodee por estos parajes. Puede causar la muerte de una persona.

—Querida, sospecho que no son demasiados los viajeros que vienen por estos parajes —contestó Sheridan—. En la ciénaga hay animales de sobra para su alimentación. Aparte de que si es cierto lo que sospecho, alguien aparecerá tarde o temprano para recogerla.

—¿Recogerla? —se extrañó ella—. ¿Cómo se puede capturar a una bestia tan enorme? Tiene una musculatura de tremenda potencia...

—Esa bestia se tragó en cierta ocasión a un hombre vivo -dijo—. Si lo hizo, es porque alguien le proporcionó la comida. Perol ahora debía de tener hambre y se escapó.

-—Duke, una serpiente de ese tamaño, y creo que de cualquier tamaño tampoco, no se' domestica como si fuese un perrito faldero. Seguirá viviendo en la ciénaga y un día, algún desgraciado morirá.

—Es posible, aunque yo no lo creo así. En el peor de los casos, su dueño acudirá a buscarla. ¿Sabes cómo la encontraría yo? Ataría un cordero a una rama. Los balidos del animal atraerían a la serpiente. Entonces, el dueño la captura o la mata, eso es todo.

Ina asintió. Luego se miró los pies. Sus zapatos estaban hechos una lástima.

—Te has quedado sin coche —sonrió.

Sheridan hizo un gesto de indiferencia.

—Estamos vivos y eso es lo que importa —dijo—. Ahora tenemos que marcharnos de aquí; es preciso que encontremos un lugar habitado antes de que sea de noche.

Media hora más tarde, llegaban al desvío. Sheridan parpadeó al ver que la barrera estaba situada ahora precisamente sobre el camino que habían tomado.

—Ina, alguien quiso ponernos en un buen apuro —dijo él.

—Es cierto —musitó la joven—. Pero ¿cómo sabían que vendríamos por este camino?

—En apariencia, resulta inexplicable. Pero cuando conozcamos la verdad, resultará la cosa más fácil del mundo. ¿Vamos?

Echaron a andar. Diez minutos más tarde, cuando habían ganado otro kilómetro, oyeron dos detonaciones que sonaban en el fondo de la ciénaga.

—La serpiente ha muerto —dijo Sheridan.

Ina volvió la cabeza. El sol estaba ya muy bajo. No era el momento de volver sobre sus pasos para comprobar algo que podía darse por sentado. En cuanto a la anaconda, pensó, se habría hundido en la ciénaga y sus restos no serían jamás hallados.

* * *

El hombre de la cabeza de huevo descargó sucesivamente los dos cañones de su escopeta.

—Si oyen los tiros, pensarán que ha muerto —dijo.

Había dos hombres en el borde de la ciénaga, contemplando la enorme serpiente, que se movía perezosamente. Ambos sentían escalofríos sólo de ver a aquel gigantesco animal.

—Doctor Yorkhill —dijo uno de ellos—, el animal se escapó...

—Merced a un inexplicable descuido —contestó el aludido secamente—. Averiguaré quién es el culpable y se lo haré pagar bien caro.

—Nosotros no hemos sido, doctor —aseguró el otro.

—El problema estriba ahora en sacar al bicho de ese charco.

Yorkhill sonrió enigmáticamente.

—Tengan preparada la camioneta —dijo—. Yo me ocuparé del resto.

Los dos hombres retrocedieron una veintena de pasos. Había allí un furgón de carga, con capacidad para tres toneladas, cerrado y sin ventanas en las paredes. Abrieron la puerta posterior y extendieron una rampa.

Cuando terminaron, vieron que la serpiente avanzaba lentamente a través de las hierbas. El doctor Yorkhill sostenía una gruesa flauta con ambas manos, a través de la cual soplaba, sin que se oyese el menor sonido.

La anaconda obedecía dócilmente aquella inaudible llamada. Al cabo de

unos momentos, estuvo en el interior del furgón, enrollada sobre sí misma.

—Ya pueden cerrar —ordenó Yorkhill.

Los ayudantes obedecieron, aterrados en su interior por lo que les parecía magia infernal. Una vez cerrada la puerta trasera, volvieron a la cabina, que era de dos filas de asientos.

Yorkhill se sentó en el asiento posterior y dio una orden:

—¡A casa!

CAPITULO VII

Habían llegado al fin a una aldea, situada a doce kilómetros del lugar del «naufragio», muy cansados y con los zapatos y los pies llenos de barro y suciedad, Tras asearse como pudieron, empezaron a considerar la conveniencia de tomar un taxi para regresar a Londres.

—La distancia es demasiado grande —alegó Sheridan—. Es mejor que pasemos la noche aquí, Ina. Hay habitaciones y una cama es mucho más cómoda para dormir que el asiento de un automóvil.

—Pero yo no tengo siquiera un camisón...

Sheridan sonrió irónicamente.

—Ina, cuando uno está cansado, lo que necesita es un sitio donde poder tumbarse.

Ella enrojeció levemente al comprender el sentido de la respuesta.

—Sí, creo que he dicho una tontería. Sólo espero no soñar con esa serpiente. Ya me veía tragada poco a poco...

—No lo habrías sentido. Antes te habría roto todos los huesos con la presión de sus anillos.

—Por favor —se estremeció Ina—, no digas esas cosas.

Sheridan señaló el plato.

—Olvídalo y come —dijo.

Estaban en el comedor de la posada. Uno de los comensales, que no eran demasiados, se levantó y encendió la televisión. A los pocos momentos, se emitió un boletín de noticias.

De pronto, Sheridan oyó algo que le dejó helado:

«En el hospital de Barnstaple ha fallecido en circunstancias poco claras, Edna Drutton...»

Sheridan tenía el tenedor en la mano y se le cayó sobre el plato.

—Dios mío, Edna ha muerto —murmuró.

Ina le miró críticamente.

—El locutor ha dicho «circunstancias poco claras». ¿Qué piensas ha podido suceder, Duke?

—Asesinato —respondió él en el acto.

El viaje en taxi del día siguiente no fue a Londres, sino a Barnstaple. El doctor Crockitt se mostraba desolado.

—Hemos practicado la autopsia al cadáver —dijo—. La señorita Drutton murió a consecuencia de una inyección con un altísimo contenido de barbitúricos. Fue una mujer, que se hizo pasar por enfermera, quien...

Sheridan recordó instantáneamente a la enfermera que les había echado de la habitación de Edna, con el pretexto, aparentemente legítimo, de que iba a propinarle un sedante.

—Entonces la mataron —murmuró—. Y vimos cómo lo hacía y no pudimos impedirlo...

—La culpa es nuestra, en todo caso —dijo Crockitt—. Ustedes no tenían por qué conocer a ningún miembro del personal de este hospital. Si esa mujer nos engañó a nosotros, ¿cómo no iba a engañarles a ustedes?

Sheridan hizo un gesto afirmativo.

—Es cierto —convino—. Bien, doctor, yo me encargaré de todos los gastos del sepelio y funerales. Ahora, me imagino, algún policía querrá interrogarnos.

—Sí, resultaría útil —dijo Crockitt.

«No demasiado», pensó Sheridan. La asesina había sabido disfrazarse muy bien. Ya no podrían encontrarla... a menos que siguieran la pista que Edna les había indicado: la posada La Garra del Halcón, en Querney Cross.

Se volvió hacia la muchacha.

—Ina, si lo deseas, puedes volverte a Londres —dijo—. Yo me quedo aquí hasta después del entierro.

—Me quedaré también —decidió ella—. Lo único que tengo que hacer es comprarme algo de ropa.

Sheridan agradeció íntimamente el gesto de la joven. Pese a sus defectos, Edna había sido sincera amiga suya y deseaba desesperadamente encontrar al hombre que le había infligido semejantes torturas durante el increíblemente largo espacio de un año.

Al día siguiente, después del entierro, Sheridan alquiló un taxi y emprendió el regreso a Londres, en unión de Ina.

—Si vamos a ponernos en campaña, es preciso que estudiemos un plan que tenga un mínimo de efectividad —dijo sensatamente.

* * *

El doctor Yorkhill se inclinó sobre el peludo animal que estaba encerrado en la jaula de fina red de alambre y lo contempló meticulosamente durante algunos segundos. Luego tomó una jeringuilla de cristal y le aplicó una aguja desusadamente larga.

La punta de la aguja se clavó en el dorso del animal, cuyas patas se agitaron frenéticamente. El pinchazo, no obstante, duró breves instantes, menos de un segundo. Yorkhill retiró la aguja casi en el acto.

La caja de alambre estaba situada frente a otra mucho mayor, de cristal, con una abertura a modo de compuerta en la parte inferior. La tapa superior disponía de unos diminutos orificios, para renovación del aire contenido en su interior.

Yorkhill alzó las dos compuertas al mismo tiempo. El animal, excitado, pasó a la caja grande, que fue cerrada de inmediato. A continuación, Yorkhill vació y limpió la jeringuilla sucesivamente, dejándola escondida en un armario, cuya llave guardó con todo cuidado en uno de sus bolsillos.

Una puerta se abrió repentinamente. Yorkhill volvió la cabeza.

—Tienes una visita —dijo la mujer.

—¿Quién es?
—Thelma Hunter.
—Está bien, ahora la recibiré. Clara, no te olvides, debes ir a Londres cuanto antes.
—Vas a quedarte solo con Thelma, ¿verdad?
—Si no te fías de mí, puedes asistir a la entrevista.
Clara se mordió los labios.
—Es lo mismo —dijo—. De todos modos, acabarías citándote con ella a mis espaldas...
Yorkhill avanzó hacia la mujer y le puso las manos en los hombros.
—Querida, sabes de sobra que no hay para mí otra mujer —dijo—. Y si empezamos a pensar en las cosas que pueden pasar, yo también me acordaré de lo que harás en Londres. Pero lo disculparé, porque es en beneficio de los dos, ¿no es así?
Ella suspiró.
—Sí, desde luego.
De pronto, sus ojos se fijaron en el horrible animal encerrado en la caja de vidrio.
—Hyllum, ¿es necesario que hagas esos repugnantes experimentos? —preguntó.
—Sabes de sobra que sí, querida. Todo lo hago por ti...
De pronto, Yorkhill la abrazó apasionadamente y aplicó sus labios voraces al cálido y perfumado hueco del cuello y el hombro de la mujer. Ella, estremecida de pasión, cerró los ojos un instante.
Luego volvió a abrirlos. Entonces, con morbosa fascinación, contempló la enorme araña que se movía en la caja de cristal y que medía más de un palmo y medio. ¿Qué tenía que ver aquel horrible artrópodo con su salud?, se preguntó.
De pronto, recobró la serenidad y se separó del hombre.
—Vamos, la señora Hunter te aguarda —dijo.
Yorkhill sonrió.
—Es cierto, no conviene que la hagamos esperar más tiempo —manifestó—. Tú puedes ir preparándote mientras tanto; tienes que estar en Londres esta misma noche.

* * *

Thelma Hunter era una mujer que rozaba ya los cuarenta años, pero que tenía todavía un aspecto magnífico. Cuando vio entrar a Yorkhill, se puso en pie y sonrió.
—Todo listo —dijo.
Yorkhill se puso un dedo en los labios.
—Silencio, por favor —rogó—. Bueno, quiero decir que no hable alto... ¿Cómo está «él»?

—Ya no está.

Hubo un instante de silencio. Yorkhill movió la cabeza un par de veces.

—¿Dificultades?

—Ninguna. Todo resultó la mar de fácil, como tú lo habías previsto. —Súbitamente, se colgó de su cuello—. ¿Cuándo? —preguntó, con ojos en llamas, por la pasión que sentía

—¿Has traído todos los documentos? —preguntó él.

—Sí, están en el bolso...

Yorkhill sonrió.

—Entonces, ven, ven...

Ella le siguió dócilmente. Estaban en el despacho y pasaron a una salita íntima en la que había un enorme diván.

—Aquí —dijo Yorkhill.

Sin el menor pudor, Thelma Hunter empezó a despojarse de toda su vestimenta. Cuando estuvo completamente desnuda, arrastró al hombre hacia el diván.

—Soy tuya, tómame, tómame...

Y se echó sobre el diván, pero, de pronto, toda la parte destinada a asiento cedió de golpe y se precipitó en lo que le pareció un pozo sin fin.

Thelma lanzó un agudo chillido de terror. Chocó contra el suelo y quedó aturdida, casi sin conocimiento, sin comprender en absoluto qué le había sucedido.

Al cabo de unos momentos, empezó a recobrar la consciencia. Una de sus piernas le dolía horriblemente. Quiso moverse, pero adivinó que tenía los huesos rotos.

—¡Hyllum! —chilló.

De repente, oyó un leve roce en el suelo. Volvió la cabeza y se vio frente a frente con un reptil de dimensiones apocalípticas.

—¡Socorro! —chilló—. ¡Hyllum, ayúdame!

Una vez alzó la cabeza, y vio el rostro del hombre a través del hueco, situado a unos siete u ocho metros de distancia. De pronto, notó en la pierna izquierda el roce de algo frío y viscoso.

Estremecida de horror, intentó arrastrarse por el suelo. La gigantesca anaconda era mucho más rápida. Thelma Hunter sintió un insoportable dolor cuando los anillos del ofidio rodearon su cuerpo casi por completo. Un piadoso desmayo la impidió sentir los primeros dolores de la presión del reptil en torno a su tórax. El paso de la vida a la muerte se efectuó en la más absoluta inconsciencia.

El diván recobró a poco su aspecto normal. Yorkhill no tardó en hacer desaparecer todo rastro de la presencia de la señora Hunter en la casa. Excepto los documentos contenidos en el bolso, todo lo demás fue convertido en humo.

Incluso el coche desapareció.

* * *

La mujer que Sheridan tenía ante sí era joven y atractiva, pero había en su rostro una expresión que no le agradaba demasiado.

Minna Kewan vestía con gran elegancia y habitaba un lujoso apartamento, pero no podía disimular su profesión, por más que se esforzaba en ello. Sin embargo, pensó Sheridan, era la clase de mujer que agra^ daba a ciertos tipos.

«Especialmente, a los que están casados con esposas que ya son gordas, maduras y, en general, quejumbrosas día y noche», se dijo.

—Se trata de Edna Drutton —manifestó, después de las primeras palabras de cortesía.

—Ah, Edna... Me he enterado de su trágica muerte...

Pero hacía ya más de un año que no la veía ni sabía nada de ella.

—Eran buenas amigas, creo.

Minna hizo un gesto ambiguo.

—Buenas amigas, según se mire —contestó—. Me proporcionaba algunos trabajitos. Yo le pagaba la comisión acordada y eso es todo.

De pronto, Minna sonrió.

—¿No se imagina a qué clase de trabajos me refiero? —agregó.

—Me lo supongo, señorita Kewan —dijo Sheridan—. Por supuesto, no piense que voy a hacerles reproche. Soy absolutamente liberal, ¿comprende?

—Me encantan los hombres liberales, sin prejuicios —aseguró la mujer—. Por cierto, no le he invitado a tomar un trago...

—Déjelo, no se moleste, ahora no tengo ganas de beber, muchas gracias. Señorita Kewan, quiero hacerle una pregunta... aunque no sé si podrá contestármela.

—Bueno, pregunte y veremos —sonrió Minna.

—Yo estaba con Edna la noche en que usted habló con ella. Imagino que le proporcionó un «trabajo». No le preguntaré el nombre de su cliente, a menos que me diga que se trataba de un tal Farrington.

—No —contestó ella rotundamente—. No era Farrington. Se trataba de un conspicuo personaje... Dígame, señor Sheridan, ¿investiga usted la muerte de Edna?

—Particularmente, por supuesto. También éramos buenos amigos.

—Desearía que encontrase al hombre que le hizo semejante canallada —declaró Minna con voz llena de vehemencia—. El tipo con quien estuve un fin de semana, es un hombre de negocios muy importante. Le diré el nombre, pero usted ha de prometerme discreción absoluta. Ha quedado muy contento conmigo y ahora me llama con frecuencia. Para ser sincera, vivo de él. Si Edna estuviese ahora con vida, ya no la necesitaría para nada. ¿Ha comprendido?

—Perfectamente —sonrió Sheridan.

Minna citó un nombre. Sheridan lo identificó en el acto. El sujeto aparecía con frecuencia en los periódicos y revistas.

—Descuide, nadie lo sabrá jamás por mí —aseguró.

—Le diré una cosa, señor Sheridan. Ese hombre es muy generoso conmigo. No quiero perderle, mientras me sea posible. Por eso le soy absolutamente fiel. De lo contrario...

Minna entornó los ojos, a -la vez que sonreía de un modo muy especial.

—Hasta en mi «oficio» conviene ser fiel —insistió.

—Sí, es bueno saber conservar la cabeza sobre los hombros. Gracias, señorita Kewan.

—Ojalá encuentre al canalla que mató a Edna. Ese día, me tomaré una botella de champaña entera para celebrarlo.

Sheridan abandonó el apartamento de Minna. Había recordado el nombre poco menos que milagrosamente y se le había ocurrido que resultaría conveniente interrogarla. En la casa de Edna había encontrado una libreta con numerosos nombres y direcciones, de donde había extraído los datos referentes a Minna Kewan. Creyó que podría resultar una pista interesante, pero se había equivocado.

Sin embargo, no lo lamentaba. «De los fracasos nace la verdad, cuando se insiste», pensó filosóficamente.

Cuando entró en su casa, ya de noche, sonaba el teléfono.

CAPITULO VIII

En un principio creyó que se trataría de Ina Webster, pero la voz que oyó, aunque de mujer, le sacó muy pronto de su error.

—Soy Carla Cavanaugh —dijo ella—. He llamado a su oficina y me han indicado su teléfono privado. Señor Sheridan, tengo urgente necesidad de hablar con usted. ¿Podrá recibirme en su casa?

—Bien, señora, si la urgencia es tanta...

—Se lo aseguro. Muchas gracias.

La mujer colgó el teléfono. Sheridan, un tanto perplejo, se preguntó qué podría querer la desconocida a las nueve de la noche.

Apenas habían pasado cinco minutos, sonó el timbre de la puerta. Sheridan abrió.

—Ha sido rápida de veras, señora Cavanaugh —dijo.

—Le he llamado desde una cabina cercana a su domicilio —sonrió la visitante.

—Está bien, pase, por favor.

Carla cruzó el umbral y se despojó de la valiosa chaqueta de pieles que envolvía la parte superior de su cuerpo. Sheridan parpadeó al ver aquella hermosa figura, cubierta escasamente por un traje negro, que apenas ocultaba el bello torso, de blancura de mármol. La falda, por contraste, llegaba hasta los pies, pero era fácil adivinar unas piernas largas, perfectamente torneadas, armónico complemento de la escultural figura que tenía ante los ojos.

—Se ha quedado sin habla —rió ella,

—Bueno, hay cosas que le dejan atragantado a uno... Pero siéntese, señora... ¿Le apetece algo de beber?

—Si tiene jerez...

—Por supuesto.

Carla se sentó en un diván. Sheridan llenó dos copas y ofreció una a su hermosa visitante. ¿Cuántos años tenía?, se preguntó. «Entre veinticinco y cuarenta, cualquier cifra es buena», respondió a sí mismo.

—¿Y bien, señora Cavanaugh?

—Usted tiene una agencia de informes —dijo ella.

—Así es, aunque puedo asegurarle que, en circunstancias normales, sólo recibo a los clientes en mi despacho.

—Tal vez éstas no sean circunstancias normales. ¿Me permite el bolso, por favor?

Sheridan se acercó a la consola que había junto a la entrada y en la que su visitante había dejado un bolso adornado con piedras de distintos colores. Debía de ser bisutería, claro, aunque de la buena; nadie llevaba un bolso con gemas auténticas, al menos en determinadas ocasiones.

—Su bolso, señora.

Carla lo abrió y extrajo un fajo de billetes.

—Hay mil libras —dijo—. Cuéntelas, por favor.
Sheridan arqueó las cejas.
—Confío en su palabra, pero ¿por qué me da ese dinero?
—Son los gastos de su investigación. —Ella le dirigió una penetrante mirada por encima de la copa—. Mi esposo tiene una amante en Edimburgo. Se llama Kate Worcester y vive en la calle Montague, cincuenta y dos. Necesito que obtenga las pruebas suficientes para el divorcio. No me importa el dinero ni el tiempo. Lo que deseo es no fracasar cuando pase al ataque, legal, por supuesto.
Sheridan reflexionó durante unos segundos en la proposición que acababa de formularle la señora Cavanaugh.
—Señora, ¿de quién es el dinero? —preguntó al cabo.
—¿Cómo?
—En muchos casos, uno de los dos cónyuges es rico y el otro pobre. Si la que tiene el dinero es usted, no veo cómo su esposo puede sostener una amante en Edimburgo.
—Señor Sheridan, hay algo que soporto muy mal y es la falta de sinceridad. Mi esposo podría haberme dicho francamente que ya no me ama, lo cual me hubiera herido menos que la doblez y la ficción que sostiene desde hace tiempo.
—Lo comprendo, pero aún no me ha dicho de quién es el dinero.
—Bueno, él tiene sus ingresos...
El instinto le decía a Sheridan que aquella proposición ocultaba algo nada limpio. La belleza y el atractivo personal no siempre eran garantía de sinceridad.
—Haré lo que pueda —dijo al cabo, sin comprometerse demasiado.
Caria se puso en pie.
—¿De verdad?
—Se lo aseguro.
Ella dio un par de pasos.
—Si consiguiera probar la culpabilidad de mi esposo le expresaría mi gratitud con algo menos prosaico que el dinero —dijo ardorosamente.
Sheridan estudió unos instantes a la hermosa visitante. ¿Qué se escondía detrás de aquellos bellos ojos negros? ¿Por qué sentía hacia ella una instintiva desconfianza?
—En tal caso, deberíamos aguardar a que el caso se hubiese solucionado en su favor, señora Cavanaugh. No estaría bien que hiciera usted algo que reprocha a su marido.
—El caso sería muy distinto. Puede decirse que él vive públicamente con su amante...
—Esperemos —insistió él cortésmente.
—Es usted un hombre que tiene bien sentada la cabeza, amigo mío —sonrió Carla—. Por favor ¿quiere traerme el abrigo?
—No faltaría más.

Sheridan caminó unos pasos y tomó el abrigo, que ella había dejado caer descuidadamente sobre una silla. Mientras le ayudaba a ponérselo, dijo:

—Ha olvidado usted un detalle interesante, señora,

—¿Sí?

—Su domicilio, por favor.

—Ah, es cierto. Anote, se lo ruego: Belgrave Square, número doce.

—Perfectamente.

Sheridan acompañó a su visitante hasta la puerta. Ella le tendió la mano, para que se la besara.

—Tráigame pronto buenas noticias —se despidió Carla.

—Pondré todo mi interés, señora —aseguró él.

Carla se marchó, dejando una tenue estela de perfume caro. Sumamente preocupado, Sheridan volvió al centro de la sala, dándose cuenta de que el instinto le hacía sentirse muy receloso ante el encargo recibido. No sabía a qué atribuir sus sospechas, pero las prisas de Carla por su viaje a Edimburgo resultaban excesivas a su juicio. ¿Era que en Edimburgo no había buenas agencias detectivescas para encomendar a alguna de ellas la investigación sobre los devaneos del señor Cavanaugh?

En aquel momento, divisó la copa de jerez, que había consumido solamente a medias. Se inclinó, la tomó con la mano y vació su contenido de un trago.

* * *

A mucha distancia de Londres, en plena noche, un perro se irguió súbitamente, alzó la cabeza y emitió un largo y quejumbroso aullido.

El can estaba en el jardín de una casa. Una mujer salió, se arrodilló junto al animal y le pasó un brazo por el lomo.

—Pobrecito «Kit» —dijo—. Tu ama no vuelve, ¿verdad? Un poco de paciencia, ya aparecerá...

El perro, un enorme pastor alemán, no hizo caso de las frases afectuosas de la mujer y volvió a aullar. Ella se incorporó y tiró suavemente del collar.

—Anda, «Kit», anda, ven a casa; el ama no tardará mucho en volver.

Pero en su fuero interno, la mujer estaba convencida de que la dueña del can, Thelma Hunter, ya no volvería jamás a su casa.

* * *

De pronto, Duke Sheridan abrió los ojos y se encontró en una cama que no era la suya.

Sin embargo, tardó bastante en advertir el hecho. Tenía la mente como envuelta en algodones, como si su cerebro hubiera sido sustituido por hilachas de tejido. Sentíase incapaz de coordinar las ideas y cuando quiso mover los brazos, le pareció que se los habían amputado a ras de los hombros.

Al cabo de largo rato, su mente pareció mejorar. Entonces se dio cuenta de

que se hallaba en la habitación de un hospital.

Probó a mover las extremidades, pero le costaba mucho trabajo. Era como si los músculos se negasen a obedecer las órdenes del cerebro. Se preguntó a qué se debía aquella extraña enfermedad.

¿Por qué estaba en un hospital? ¿Quién le había traído hasta allí?

La puerta del cuarto se abrió de pronto. Tres personas, una de ellas vestida con bata blanca, aparecieron ante sus ojos.

Ina sonrió.

—Doctor, parece que ha vuelto a la normalidad —exclamó.

—Sí, empieza a recuperarse, aunque creo conveniente que no le molesten todavía con preguntas —dijo el hombre de la bata blanca—. Usted, inspector Villard, comprenderá mejor lo que trato de decirles.

—No se preocupe, doctor ^-contestó el policía.

Ina se acercó a la cama y tomó con las suyas una de las manos de Sheridan.

—Tranquilo, Duke, te pondrás muy bien en seguida —dijo.

—Bueno, ahora nos sentimos todos más aliviados —sonrió el médico—. Vamos a dejar que el enfermo haga el resto. Está totalmente fuera de peligro y sólo es cuestión de tiempo el que se encuentre completamente restablecido.

Ina apretó la mano del paciente.

—Vendremos mañana, Duke —prometió.

Días más tarde, Sheridan fue autorizado a sentarse en la cama y, en lo que cabía, a hacer una vida normal. Entonces fue cuando supo la verdad de lo ocurrido.

—Tardabas mucho en contestar a mis llamadas, al día siguiente de la vuelta de Barnstaple, así que decidí ir a verte —explicó Ina—. Te encontré en el suelo, horriblemente pálido, casi sin pulso... Me pareció en un principio que te había dado un síncope y llamé a una ambulancia inmediatamente. Luego vi algo que me hizo sospechar y avise al inspector Villard.

—Sospechar, ¿de qué?

—De un envenenamiento. Todo parecía en orden en la casa, salvo que había dos copas vacías y mil libras en billetes sobre la mesita auxiliar de la sala. Esto no me parecía lógico en un hombre que, por su profesión, debe de ser más cuidadoso con lo que le rodea. Villard vino, cuando ya se te habían llevado al hospital, y corroboró mis primeras impresiones. Entonces, hizo que se llevaran las copas para su análisis. En cada una de ellas quedaban todavía algunas gotas de jerez.

»El vino de una de las copas estaba en perfectas condiciones. En el otro encontraron rastros de un veneno efectivísimo, en cuya composición, además de otros elementos que no se ha conseguido detectar, entra el curare. Los médicos aseguran que es muy posible que el alcohol, aun en escasas cantidades como es el caso del jerez anuló considerablemente los efectos del tóxico. De otro modo, ahora estarías muerto. Duke, ¿quién te envenenó?

Sheridan esforzó su memoria.

—Vino a verme... Quería que fuese a Edimburgo, para conseguir pruebas de la infidelidad de su esposo...

Es muy guapa... Tomamos una copa... Yo le ofrecí de beber... Aceptó jerez.

Ina alzó su mano rápidamente.

—Si te fatigas, déjalo; seguiremos otro día —exclamó.

—No, creo que ya me encuentro bastante bien. Yo... no comprendo cómo pudo ponerme el veneno en la copa... Todo el tiempo la tuve delante de mis ojos ..

—En algún momento, distrajo tu atención. La copa de ella no tenía veneno, Duke.

Sheridan hizo chasquear los dedos.

—Sí, ahora lo recuerdo. Me pidió que le trajera el chaquetón de pieles. Estaba cerca de la entrada y yo accedí... Durante unos segundos, muy pocos, le di la espalda...

—Entonces, no hables más: fue en ese momento cuando puso la droga en lo que quedaba de vino en tu copa. Pero ¿por qué?

—Ina, ¿sabes que empiezo a sospechar que este asunto está relacionado con la muerte de Edna Drutton?

—¿Qué? Pero... ¿cómo puedes suponer...? Y, en todo caso, esa mujer, ¿cómo sabía que tú te interesabas por Edna?

—La radio y la televisión dieron noticias sobre el particular, Un par de periodistas me hicieron preguntas acerca de Edna, recuérdalo. ¿Es tan difícil averiguar mi profesión, mi domicilio y mis relaciones con Edna?

—No —concordó la joven—. Si se tiene en cuenta que Edna murió asesinada, parece lógico pensar que el asesino ha de ser lo suficientemente inteligente para borrar todos los rastros que puedan conducirle hasta él. Y tú eras un riesgo que ese misterioso doctor Farrington no podía correr.

—Por tanto, Carla Cavanaugh es su cómplice.

—Ah, conoces su nombre...

—Al menos, ése es el que ella dio. También me facilitó su dirección. La recuerdo perfectamente, Ina.

Ella sacó una agenda de su bolso.

—Dámela, yo investigaré por ti —dijo.

—Belgrave Square, número doce.

—Oh, un barrio de lujo de Londres —sonrió la joven—. Bueno, no quiero seguir molestándote más. Duke, debes ser fuerte y conocer la verdad. Ese veneno, cuya composición desconocemos todavía, ha estado a punto, más que de matarte, de dejarte paralítico el resto de tus días. Si lo hubieras tomado con té o café, ahora serías un vegetal viviente. Y, créeme, pasará al menos un mes antes de que puedas valerte medianamente por ti mismo y otro hasta que recobr.es la normalidad absoluta.

Sheridan sonrió.

—Bueno, al menos, podremos celebrar las Navidades juntos —dijo.

—¿Qué Navidades? —Exclamó la muchacha—. ¡Duke, estamos á mediados de Enero!

El joven se quedó atónito.

—Pero, Ina, eso es imposible. Carla Cavanaugh vino a verme a primeros de octubre.

—Has estado dos meses sumido en una total inconsciencia —declaró ella.

Sheridan se sintió abrumado por la insólita revelación. Dos meses sumido en un horrible sueño, convertido en un poste... ¿Qué misteriosa pócima había puesto Carla en su copa de vino?

Ina se inclinó y le besó en una mejilla,

—Deja tu mente en paz —aconsejó—. Cuando te recobres, continuaremos con la investigación.

Al día siguiente, cuando ella vino a verle, Sheridan dijo que, pese a su consejo, no había podido dejar de pensar en el asunto.

—Es más, se me ha ocurrido una idea que quizá pueda dar buenos resultados.

—Bien, habla —invitó la joven.

—¿Sabes si los periódicos han mencionado algo sobre mi caso?

Ina sonrió suavemente.

—Voy a herir tu orgullo, pero no eres tan importante como para que tu envenenamiento merezca unas líneas en los diarios —contestó.

—¡Magnífico! —exclamó él—. Es justo lo que yo esperaba.

Ina se sorprendió de aquella reacción.

—No te entiendo, Duke...

—Cuando esté a punto de ser dado de alta, los periódicos sí hablarán de mí, porque las mil libras que me dio la señora Cavanaugh, servirán para insertar una noticia de pago, en la que se mencione mi total restablecimiento.

—A eso se llama lanzar el anzuelo con un buen cebo —comentó la muchacha.

—Justamente —respondió Sheridan.

CAPITULO IX

Yorkhill conducía el automóvil, cuando, de pronto, vio que salía vapor del morro.

—Maldición, este trasto viejo...

—¿Por qué no compras uno nuevo? —dijo Clara sarcásticamente—. Con el dinero que ganas, deberíamos viajar en otro mejor, me parece.

—Clara, mientras sigamos con este asunto, debemos pasar inadvertidos. Un coche lujoso llamaría indefectiblemente la atención de la gente, ¿comprendes?

—Si tú lo dices...,

El coche se había detenido ya. Yorkhill se apeó y levantó la tapa del motor. Sí, el radiador se había quedado sin agua. El modelo, demasiado anticuado, no tenía circuito cerrado de refrigeración.

—¡Eh! —gritó Clara de pronto—. Ahí veo una casa, entre los árboles.

—Está bien, iré a pedirles agua...

—Pero cámbiate la cara antes.

—Sí, tienes razón.

Yorkhill abrió un pequeño maletín que llevaba en el asiento posterior, con espejo y efectuó unas rápidas manipulaciones en su rostro, que se hizo más lleno muy pronto. Añadid un frondosísimo bigote y unas gafas que le daban cierto aspecto de profesor, y echó a andar hacia la casa.

Cuando llegaba ya, oyó unos fuertes aullidos.

Una mujer salió a la puerta, Yorkhill avanzó unos pasos.

—Señora, mi coche se ha quedado sin agua... ¿No podría facilitar usted algún recipiente? Se lo devolveré en seguida...

De repente, los aullidos se hicieron más fuertes y furiosos. Un hombre apareció, por la parte trasera de la casa, sujetando por la cadena a un enorme perro pastor alemán, que ladraba con terrible cólera. El hombre tenía dificultades para sujetar al can.

—No sé qué le pasa hoy a «Kit» —dijo—. Nunca le había visto tan irritado... Dispénseme, soy Jack Mann. Ella es mi esposa Fanny...

—Ha venido a pedir agua para el motor de su coche, Jack —dijo la mujer —. El es el señor...

—Mortimer, Andrew Mortimer —se apresuró a decir Yorkhill.

—Encantado, señor Mortimer —dijo Mann, mientras hacía vivos esfuerzos para contener al can—. Vamos, «Kit», vamos, el señor es amigo...

El perro se aplastó de pronto contra el suelo y quedó gruñendo amenazadoramente, con los ojos amarillentos fijos en el visitante. Al fin, Mann pudo sujetar la cadena a una anilla encastrada en la pared.

—Bueno, ya estamos tranquilos con respecto a «Kit» —dijo—. La verdad, es que no sé qué le pasa... Nunca le había visto tan irritado...

—Seguramente ladrará así a todos los ajenos a la casa —dijo Yorkhill

bonachonamente—. No hay que preocuparse, señor Mann.
—De todas formas, nunca le había visto tan furioso. Dispénseme, voy a buscar una regadera.
—¿Quiere entrar en casa a tomar una taza de té, señor Mortimer? —invitó Fanny.
—No, muchas gracias, señora; la verdad es que tengo un poco de prisa. Es usted muy amable.
Ella hizo un gesto con la cabeza. En el suelo, «Kit» seguía gruñendo sordamente.
Mann vino con una regadera a la que había quitado la pieza con los agujeros.
—No hace falta que llame cuando haya terminado —sonrió—. Bastará con que la deje de este lado de la valla,
—Muy bien, muchísimas gracias. Señor, señora Mann, ha sido un placer conocerles.
Yorkhill echó a andar. En la puerta de la casa, Fanny se quedó contemplando al alto forastero, hasta que lo vio desaparecer en la revuelta del sendero que conducía a la carretera,
—Es curioso —dijo la mujer—. ¿Por qué se habrá puesto «Kit» tan furioso, si no le había visto nunca?
Mann movió la cabeza,
—«Kit» ya no es el mismo desde que desapareció Thelma —murmuró—. Esperaremos un tiempo, para ver si se modifica su carácter, cosa que dudo, puesto que ya es un perro adulto. Pero si sigue así, temo que no nos quedará otro remedio que sacrificarlo.
Fanny se estremeció. Caminó hacia el can, se arrodilló a su lado y acarició suavemente la cabezota.
—Pobrecito «Kit» —dijo—. Ella te había criado, incluso con biberón, porque tu madre había muerto prematuramente.
De pronto, el perro alzó la cabeza y lanzó un aullido lastimero. Fanny se estremeció.
—Jack, ¿será posible que ««Kit» no llegue a olvidaría jamás?
—Esta clase de canes no olvidan nunca —dijo el hombre filosóficamente, mientras empezaba a cargar la cazoleta de su pipa—, A nosotros nos tolera, simplemente, porque lo conocimos de cachorrillo y nos vio con frecuencia mientras crecía. Pero su afecto estuvo dirigido siempre hacia la pobre Thelma y aún no ha podido consolarse de su pérdida.
«Kit» aulló de nuevo. Mann se dispuso a encender la pipa.
—No lo sueltes todavía, Fanny —aconsejó.
En la carretera, Clara miró burlonamente a Yorkhill.
—Pareces un poco nervioso —dijo.
—Había un perro en esa casa y quería atacarme —contestó el hombre de mal talante—. Te aseguro que he tenido que contenerme mucho para no pegarle un tiro.

—Habrías cometido una grave imprudencia, Hyllum. Ya es bastante que nos hayamos visto obligados a detenernos aquí. Además, los perros, ya sabes, actúan por instinto. Simplemente, le resultaste antipático, eso es todo.

Yorkhill terminó de llenar el radiador, puso el tapón y bajó el «capot» del motor. Sacó un pañuelo del bolsillo y se limpió las manos. Al ver que dejaba unas manchas de grasa, lo tiró furiosamente a un lado del camino.

En el asiento, Clara encendía tranquilamente un cigarrillo. Cuando él se inclinaba para recoger de nuevo la regadera, dijo:

—Hyllum, esta mañana me miré al espejo. He visto un pequeño defecto en mi piel, un poco más abajo del ombligo, hacia la cadera izquierda. Quiero que JO examines cuando regresemos a casa.

—Está bien. Voy a devolver la regadera. Volveré en seguida.

Al cabo de unos momentos, Clara oyó unos furiosos ladridos a lo lejos. Movió la cabeza v sonrió.

—El pobre no es simpático ni siquiera a los perros —comentó para sí.

Yorkhill regresó a poco. Ocupó su puesto tras el volante y dio el contacto.

—Maldito perro —gruñó, a la vez que pisaba el acelerador.

—Olvídalo —dijo ella—. Ahora sólo debes preocuparte de mí, Hyllum.

* * *

—Hemos rastrillado la vida de Edna Drutton casi hasta su nacimiento —dijo el inspector Villard—. Hace unos diez años, sostuvo relaciones con un médico llamado Ordin Farrington, pero rompieron a los pocos meses. Farrington abandonó el país poco después, y se marchó al Brasil, en donde se especializó en medicina tropical y también en biología. Ahora bien, hará un par de años, desapareció de su residencia habitual y nadie ha vuelto a verlo hasta ahora.

Villard sacó del bolsillo una fotografía y se la enseñó a Sheridan.

—Este es el aspecto que tenía Farrington hace diez años —dijo—. Como entonces tenía unos treinta y cuatro es de suponer que haya cambiado algo, aunque no tanto que no se le pueda reconocer con facilidad, a menos que se disfrace.

Sheridan contempló la fotografía.

—Quizá esté de nuevo en Inglaterra —dijo—. Mejor dicho, tiene que estar. Edna mencionó su nombre y le acusó de haberle causado aquellas horribles cicatrices.

—Inglaterra es muy grande —suspiró Villard—. Y no lo digo precisamente porque sea un romántico del imperio. Miras el mapa y ves una isla tan pequeña, en comparación con Europa o Asia... Pero luego te echas a los caminos y te sientes como un microbio en la piel de una ballena.

Ina, presente en el diálogo, se echó a reír.

—No es usted precisamente un optimista, Doug —dijo.

—Llevo muchos años en la policía y conozco casos de personas que

desaparecieron y no fueron halladas jamás y no salieron del país. En Inglaterra hay millones de sitios donde un hombre como Farrington puede esconderse con absoluta impunidad.

—Yo estuve en La Garra del Halcón y no conseguí averiguar nada —dijo la muchacha.

Sheridan se puso en pie y dio unos paseos por la sala.

—Pronto estaré de nuevo en plena forma —dijo—. Clara Cavanaugh tiene mucho que ver con este asunto.

—¡Pero no vive en Belgrave Square! —Exclamó la joven—, Yo estuve preguntando en la dirección que te facilitó y nadie la conocía ni la había visto jamás.

—Esa mujer asesinó a Edna y quiso matarme a mí —dijo Sheridan—. Tengo la absoluta seguridad de que es cómplice de Farrington.

Villard se encaminó hacia la puerta.

—Lo que tienes que hacer es dejar de preocuparte por ese asunto, hasta que estés completamente restablecido. Pero no dejes de pensar en nosotros, los policías, ¿eh?

Sheridan entendió la indirecta y asintió.»

—Descuida, si consiguiera averiguar algo, te llamaría inmediatamente —prometió.

Al quedarse solos, Ina se fue a la cocina.

—Voy a preparar el té —anunció.

Sheridan continuó sus paseos por la estancia, mientras pensaba en los dos meses largos que había permanecido en estado de absoluta inconsciencia. Se estremeció al pensar en lo que podía haberle sucedido si el tóxico hubiera sido mezclado con té o cualquiera otra infusión sin alcohol.

De pronto, recordó aleo. Consultó la guía telefónica y marcó un número. Terminaba de hablar por teléfono, cuando vino Ina con la bandeja en las manos.

—¿Con quién hablabas? —preguntó ella.

—Quiero que los periódicos den la noticia de mi curación —sonrió él.

—Todavía no estás del todo repuesto...

—¡Bah! Queda una semana apenas —contestó él jovialmente.

Ina se sentó frente al joven.

—Duke, a veces, todavía sueño con la serpiente y la veo ante mí, amenazando devorarme...

—Murió. Su dueño le pegó dos tiros.

—Me gustaría estar segura de que ocurrió así.

—Oímos los disparos, recuérdalo.

—Sí, escuchamos unos disparos, pero, ¿iban dirigidos a la serpiente?

Sheridan se llevó la taza a los labios.

—No seas pesimista, Ina, Ese bicho está muerto —dijo.

* * *

Yorkhill leía el periódico, cuando, de pronto, sus ojos tropezaron con una noticia que le hizo lanzar una exclamación de cólera.

Clara estaba en la sala, en pie, frente a un enorme espejo, con marco de cornucopia dorada, arreglándose el cabello con gestos afectados v vio que Yorkhill estrujaba el periódico y lo arrojaba a la chimenea.

—¿Algo malo? —preguntó.

—¿Malo? ¡Sheridan está vivo!

Ella se volvió en el acto.

—¡No puede ser! Tomó el veneno...

—Está vivo, lo dice el periódico.

—Pero... yo estoy segura...

Yorkhill se puso en pie.

—Cuéntame lo que hiciste —pidió.

—Bueno, charlamos, él dijo que iría a Edimburgo... y en cuanto se descuidó puse la píldora en su copa.

—¿En su copa?

—Sí, me invitó a beber.

—¡El alcohol atenúa considerablemente los efectos del tóxico! —Rugió Yorkhill—. A veces, incluso, lo anula totalmente... ¿Qué clase de bebida tomaste?

—Jerez —contestó ella.

—Tiene menos de veinte grados de alcohol —gruñó Yorkhill—. Si se hubiera tratado de whisky, ni se habría enterado siquiera.

—Tú no me dijiste nada. Si me lo hubieras advertido, yo le habría pedido té o café. Sólo dijiste...

—Lo sé, lo sé, la culpa es mía —rezongó Yorkhill—. Está bien, no te preocupes. Clara, ese hombre puede resultar peligroso.

—Es sólo un detective privado.

—Peor aún que la policía, porque no tiene que sujetarse a ciertos reglamentos. Debo quitarlo de en medio, ¿comprendes?

—¿Cómo piensas hacerlo?

Yorkhill sonrió torvamente.

—Le enviaré un bonito regalo —dijo—. «Cindy» le gustará mucho, ya lo verás.

Clara se estremeció.

—«Cindy» —repitió.

—Sí —confirmó él.

—Pero no te olvides de lo que... necesito —le recordó ella.

—No lo olvido. —Yorkhill encendió un cigarrillo y contempló con aire abstraído las azules espirales de humo—. Hubo una joven que estuvo hace algún tiempo en La Garra del Halcón. Hizo algunas preguntas y aunque no consiguió nada, sospecho que anda detrás de una pista.

—¿Y...?

—Sé quién es y dónde vive, de modo que voy a facilitarle yo mismo la pista —contestó Yorkhill, sonriendo diabólicamente—. Pero primero voy a preparar a «Cindy», para enviársela como obsequio a Sheridan.

Clara volvió a mirarse en el espejo.

—Estoy guapa, ¿verdad? —dijo.

—No hay mujer más hermosa que tú —respondió él.

—Eso tendría que decirlo el espejo —rió Clara—. Pero no estamos viviendo el cuento de Blancanieves.

A través del espejo miró a Yorkhill, que seguía fumando apaciblemente.

—Hyllum, si consigues traer aquí a la indiscreta, ¿qué harás con ella?

—Lo primero es lo primero. Después, daremos una fiesta de despedida,

—Ah, despedida...

—Sí, es hora de que levantemos el campo.

A lo lejos, «Kit» emitió un largo y melancólico aullido.

CAPITULO X

Aquella tarde, cuando Ina regresó a su casa, encontró algunas cartas. Un par de ellas contenían propaganda médica. Otra era un mensaje que llamó poderosamente su atención.

> «Si quiere conocer detalles de lo que le sucedió a Edna Drutton, acuda el próximo día veintidós a La Garra del Halcón. Venga sola y no mencione su viaje a ninguna persona o echaría todo a perder. Hacia las seis de la tarde yo me limpiaré la frente con un pañuelo de color rojo vivo. Cuando salga de la posada, sígame discretamente. Por favor, tenga mucho cuidado; un error, por mínimo que fuese, podría ser la perdición para ambos.
>
> »Un amigo de Edna.»

La carta quedó sobre la mesa, mientras Ina se frotaba las manos nerviosamente. Tenía un pequeño revólver y ya procuraría no tomar ninguna bebida, para no ser envenenada como Duke.

Consultó el calendario de sobremesa. Iría pasado mañana, se prometió a sí misma. Y daría una agradable sorpresa a Duke.

En aquel momento, alguien llamaba a la puerta de la casa de Sheridan.

El joven se sentía ya completamente restablecido. Las dos últimas semanas habían sido dedicadas casi por completo a ejercicios físicos, realizados en un gimnasio, bajo la supervisión de un médico, que conocía perfectamente el historial de su dolencia. Aquellos ejercicios le habían dejado como nuevo.

Ahora sólo le faltaba viajar hasta Querney Cross. Ina no había conseguido nada en La Garra del Halcón, pero le faltaba experiencia en interrogar a la gente. Había que disculparla; a fin de cuentas, era una aficionada... y no era lo mismo interrogar a un paciente, cuya dolencia casi podía predecir desde el primer momento, que interrogar a personas de las que era necesario obtener datos sobre algo ocurrido muchos meses antes.

Cuando oyó la llamada, se levantó y cruzó la sala. Al abrir la puerta divisó en el suelo una caja de buenas dimensiones.

Asomó la cabeza. El corredor estaba desierto. Al inclinarse para recoger la caja, algo se movió en su interior.

Sheridan sintió que la frente se le cubría de un sudor frío. Con gran cuidado, volvió a dejar la caja en el suelo, aunque ya dentro de casa, y se encaminó rápidamente al teléfono.

—Doug, ven lo antes que puedas —dijo segundos más tarde—. He recibido un paquete y hay algo en su interior que se mueve de una manera muy extraña.

—¿Quién te ha enviado el paquete? —preguntó Villard.

—No lo sé. Llamaron a la puerta, abrí y ya no había nadie en el pasillo.

—Está bien, tú que estás más cerca, habla con el conserje por el interfono. No toques nada; llevaré a un especialista en bichos exóticos. ¿Entendido?

—De acuerdo.

Sheridan habló con el conserje a continuación. Los informes que recibió fueron muy vagos. Nada que pudiera ayudarles, pensó, desanimado.

Una hora más tarde, Villard llegó acompañado de un estrambótico sujeto, al que presentó como Septimus Trigginer. Era un hombre más bien regordete, casi calvo y con una corbata que parecía la de un payaso de circo.

Lo más curioso de todo era el equipo que Trigginer había traído consigo, una de cuyas piezas principales era una gran jaula de alambre muy fuerte, provista de una trampilla. Antes de empezar a actuar, Trigginer cogió el paquete y lo movió ligeramente.

—Sí, se trata de algo que está vivo —dijo—. Probablemente, una serpiente venenosa.

Sheridan sintió un escalofrío.

—Una serpiente de cascabel —murmuró.

—O una cobra. Ha hecho bien en no abrir la caja, señor Sheridan —dijo el especialista—. Bueno, lo primero que haremos será quitar el papel que la envuelve.

Trigginer rasgó el papel. La caja era de cartón, muy fuerte, y disponía de agujeros circulares, de unos dos centímetros de diámetro. Súbitamente, algo salió por uno de los orificios.

Villard dio un salto hacia atrás.

—¡Dios mío! ¡Esto es imposible! ¡Esa cosa no puede existir...!

Trigginer parecía atónito, mientras contemplaba, al igual que Sheridan, la pata velluda, de color rojizo oscuro, que asomaba por el agujero.

—Es increíble —dijo Trigginer—. Nunca había visto una cosa semejante. Confieso que esperaba ver algo muy poco agradable, pero esto...

El hombre reaccionó al fin y colocó la jaula junto a la caja. Luego, con unas tijeras muy grandes, provistas de largos mangos, fue cortando el cartón de uno de los lados.

La trampilla de la jaula estaba alzada. Súbitamente, algo saltó de la caja a la jaula. Trigginer actuó rápidamente, bajó la trampilla y el gigantesco arácnido quedó atrapado.

Un extraño hedor, dulzón y repelente a la vez, se expandió por la sala. Sheridan se sintió terriblemente asustado al pensar en lo que podía haberle sucedido, de haber abierto el paquete sin preocuparse de su contenido.

La araña medía unos treinta y cinco centímetros, entre los extremos de cada pata. El abdomen era tan grueso como el puño de un hombre. Los ojos brillaban malignamente y, en su cefalotórax, los artejos se movían rápidamente, con levísimos chasquidos, que sonaban siniestramente.

—Muy notable, verdaderamente notable —comentó Trigginer—. Un ejemplar realmente maravilloso.

—Por favor, mate a ese bicho —pidió Villard.

—Ni lo sueñe, inspector. Esta araña es el sueño de todo zoólogo. Tengo la seguridad de que ha sido agrandada por métodos artificiales, que me resultan completamente desconocidos, y voy a investigar sobre el particular.

—Pero su veneno... —dijo Sheridan.

—Su veneno, en una araña de dimensiones normales, no suele ser mortal para el hombre, a menos que tenga el corazón débil, aunque, desde luego, la picadura puede producir graves trastornos. Ahora bien, dado su tamaño, es de suponer que las glándulas que segregan el veneno, sean también mucho mayores. Por tanto, al picar a una persona, le inyectaría una mayor cantidad de veneno, lo que le causaría la muerte indefectiblemente.

Sheridan se volvió hacia su amigo.

—Doug, si no recuerdo mal, Farrington, además de ejercer la medicina en Brasil, hizo algunas investigaciones sobre biología... ¿O fue zoología?

—Lo averiguaremos muy pronto —contestó Villard—. Señor Trigginer, ¿qué piensa hacer con la araña?

Además de la jaula, Trigginer había llevado otras cosas en una maleta. Sacó tres compresas y las repartió.

—Pónganselas ante la nariz y cierren la boca —indicó.

El mismo dio el ejemplo. Luego, con un pulverizador, roció a la araña a través de los alambres.

La bestia se agitó con furia unos momentos. Luego, poco a poco, sus movimientos cesaron y quedó inmóvil, con las patas replegadas sobre el cuerpo.

—Abra la ventana, señor Sheridan —ordenó Trigginer a través de la máscara,

Sheridan comprendió que era preciso ventilar la estancia, para que se disipase el gas narcótico. Al cabo de unos minutos, Trigginer dejó la máscara a un lado.

—Me llevaré la araña y ya les informaré de los resultados —dijo.

Villard y Sheridan quedaron solos. El joven llenó dos copas.

—Creo que esta noche tendré pesadillas —sonrió.

—Estamos en las mismas condiciones. ¡Dios, qué bestia tan horripilante! Duke, ¿cómo es posible que haya en este mundo personas con una mente tan retorcida?

—Tú eres policía y debieras saber más que yo sobre el particular —respondió Sheridan.

—Sí, pero es que, a pesar de todo, resulta difícil acostumbrarse... Duke, la especie humana no tiene remedio.

—Vamos, no seas tan pesimista. Nadie es absolutamente malo en este mundo.

—El que «creció» a esta araña sí es absolutamente malo. Es el alcaloide de la maldad, el diablo suelto por nuestro país...

Sheridan comprendía perfectamente el estado de ánimo de su amigo. Villard se despidió, prometiendo que haría investigar más a fondo las

actividades de Farrington en el Brasil.

—Podrías ponerte al habla con el serpentario de Butantan —sugirió Sheridan—. Es el mejor del mundo v allí crían toda clase de serpientes y de animales venenosos, precisamente, para extraerles el veneno, que luego ha de usarse en medicina,

—Lo haré, te lo prometo —se despidió Villard.

Al quedarse solo, Sheridan pensó que lo que más le convenía por el momento era distraer un poco la mente.

Había un modo muy fácil de conseguirlo.

—Ina —dijo momentos después, a través del teléfono—, ¿me aceptas una invitación para cenar?

La muchacha se sorprendió un instante.

—Pues claro que sí —respondió—. Vendrás a buscarme, supongo.

—Estaré en la puerta de tu casa dentro de media hora.

—De acuerdo, Duke.

Ina colgó el teléfono, sumamente pensativa. ¿Debía mencionar la carta recibida?

El mensaje lo indicaba con toda claridad; no debía hablar a nadie de la cita. Iría a Querney Cross, volvería y...

Fue al baño y empezó a arreglarse.

Septimus Trigginer levantó un poco la trampilla de la jaula y metió por la ranura el palito, en cuyo extremo había colocado un trocito de carne. La araña mordió en el acto, pero Trigginer retiró la presa antes de que el animal pudiera sujetarla con sus patas delanteras

Inmediatamente, llevó el trozo de carne a su mesa de trabajo. Cortó una minúscula porción y la situó bajo el microscopio.

Trigginer se abstrajo por completo en su labor. Olvidado de cuanto le rodeaba, no se dio cuenta de que alguien penetraba en el laboratorio.

El desconocido se movió con absoluto sigilo. Por medio de un bastón, levantó la trampilla de la jaula y la dejó alzada. Luego, con el mismo silencio que a su llegada, se retiró sin dejar huellas de su paso.

Transcurrieron algunos minutos. De repente, Trigginer pareció notar algo extraño en el laboratorio.

Levantó la cabeza y miró a derecha e izquierda. Todo estaba en orden.

Sin embargo, persistía la sensación de ansiedad. Giró en el taburete y entonces vio la jaula vacía.

Trigginer era hombre avezado a tratar con animales peligrosos, pero a pesar de todo, no pudo contener un escalofrío. La araña andaba suelta por el lugar. ¿Cómo era posible que se hubiese descuidado tanto?

De pronto, oyó un ruidito a su izquierda. Giró en redondo y, en el mismo instante, el gigantesco arácnido le saltó a la cara,

Trigginer percibió el doble pinchazo de los artejos. Un horrible alarido brotó de su garganta. Manoteó desesperadamente, pero los efectos del veneno eran muy rápidos.

Segundos después, cayó de espaldas. La araña, alejada de su cara momentáneamente, por un violento manotazo, volvió de nuevo sobre su presa.

CAPITULO XI

—No comprendo —dijo Villard—. No comprendo cómo pudo ser tan descuidado este hombre.

Los camilleros se llevaban ya el cadáver de Trigginer. Sheridan quería borrar de su mente el horrible espectáculo de un cuerpo hinchado, negruzco... Personal de la policía, entre náuseas, limpiaba los repugnantes restos de la araña gigante, a la que había sido preciso matar a tiros. Uno de los agentes dijo que iba a estar sin comer un año seguido.

Otro había sido llevado fuera, en brazos de sus dos compañeros, mareado por el horror de lo que había visto. Villard, sin embargo, debía dominar sus aprensiones y trabajar en la solución de lo que parecía un enigma insondable.

Los ojos del policía se clavaron en la jaula cuya trampilla estaba alzada. Sheridan comprendió lo que pasaba en el interior de la mente.

—Esa jaula no se abrió por sí sola —dijo.

—Es lo que yo creo —contestó Villard—, Pero ¿quién lo hizo?

—Te haré una sugerencia, Doug: el mismo que me envió el «regalito».

Villard se volvió rápidamente hacia su amigo.

—¿Cómo...?

—Tengo la seguridad de que se quedó cerca de mi casa, observando lo que podía pasar después de haber dejado la caja. Cuando vio que llegabas con Trigginer y luego a éste que se marchaba solo, con la jaula, se imaginó fácilmente lo que podía ocurrir. Siguió a Trigginer y... ¿Te imaginas el resto, Doug?

Villard hizo un gesto afirmativo.

—Si esperó en las inmediaciones de tu casa, alguien tuvo que verle a la fuerza. Hay tiendas, un pub, una librería. Mis hombres rastrillarán el barrio, Duke. Además, llevarán fotografías de Farrington.

—Pudo haberse disfrazado —objetó Sheridan.

—En todo caso, era un tipo desconocido. Alguien podrá facilitarnos información. Y por muy disfrazado que esté, la estatura es algo que no se puede disimular. Farrington fue siempre muy delgado y medía casi dos metros. O lo vieron alto..., o lo vieron anciano, encogido de hombros y caminando dificultosamente con un bastón, ¿comprendes?

Sheridan sonrió.

—Es el disfraz que yo habría empleado, de hallarme en su caso —concordó.

Más tarde, Sheridan llamó a Ina, pero la muchacha no le contestó. Supuso que tendría trabajo en el hospital y pospuso la llamada para otro momento.

Al día siguiente, continuaba sin noticias de la muchacha, Un tanto alarmado, llamó al hospital, en donde le informaron que Ina no había aparecido en todo el día anterior.

La alarma creció en el ánimo del joven. Tal vez Ina se hallaba en su casa,

indispuesta, y no se sentía capaz de atender siquiera al teléfono. Decidió averiguarlo personalmente y, en aquel momento, llamó el inspector Villard.

El policía le dio detalles de importancia, Sheridan, sin embargo, se abstuvo de mencionar a Ina, Quizá su alarma no era más que un poco de aprensión.

Pero media hora más tarde, supo que Ina había salido la víspera, muy temprano, con rumbo desconocido.

Sheridan supuso inmediatamente el destino de la muchacha. Maldiciéndose en su interior por no haberle advertido muy seriamente subió a su piso.

Quince minutos más tarde, encontró la carta.

—¡Dios mío! ¿Cómo ha podido caer en una trampa tan burda? —se lamentó.

—Dice que era una chica alta, espigada, de pelo castaño... ¿Llevaba abrigo a cuadros? —preguntó el dueño de La Garra del Halcón.

—No lo sé... Espere, puede que sea un impermeable reversible. Ayer no llovía, me parece, pero la temperatura es aún bastante fresca —dijo Sheridan.

—Sí, debía de ser un impermeable —convino el posadero—. Desde luego, estuvo aquí.

—¿Se encontró con alguien?

—No. Vino, se sentó en una mesa y pidió un poco de té. Un cuarto de hora más tarde, pagó, se levantó y subió a su coche.

—¿Se fijó en la dirección que tomó?

—Hacia el Sur, señor. Al menos, el coche arrancó y no dio la vuelta dentro del pueblo y el morro apuntaba al sur...

—Gracias. —Sheridan se disponía ya a marcharse de la posada, cuando, de repente, se acordó de un detalle—. Estoy seguro de que, aparte de esa chica, había alguien más en la posada.

—Sí, un tipo al que he visto un par de veces, aunque no seguidas...

—Debe de ser muy alto...

—Altísimo, señor. Pero no es flaco, cosa rara. Tiene la cara, casi redonda, lo que es extraño en un tipo que casi parece un antiguo jugador de baloncesto.

Farrington era también flaco de rostro, pensó Sheridan, pero era evidente que se había disfrazado. Habría rellenado artificialmente sus mejillas... A pesar de todo, como había dicho Villard, la estatura era algo que no se podía ocultar.

—Oiga, ¿sabe si ese hombre vino en automóvil?

El posadero hizo un gesto negativo.

—Apareció aquí poco antes de las seis. Tomó una cerveza...

—Y sacó un pañuelo rojo para secarse la frente.

—¡Sí! ¿Cómo lo sabe usted?

Sheridan sonrió.

—No importa —dijo. Puso sobre el mostrador un par de billetes y añadió — : Le estoy muy agradecido por sus informes, amigo.

Salió a la única calle del pueblo. Ina se había marchado hacia el Sur, pero a

dos kilómetros había un cruce de caminos. "Había tantas direcciones que tomar...

De pronto, recordó la ciénaga.

¿Volver allí?, se preguntó.

Tenía la impresión de que Ina no corría un peligro inmediato. A fin de cuentas, el secuestro se había producido la víspera. Si Farrington quería hacer con ella lo mismo que había hecho con Edna, tardaría meses y meses,.. Una serie de operaciones tan cruentas, a pesar que la anestesia, era algo que debía realizarse sucesivamente, so pena de provocar la muerte de la paciente.

Hasta llegar a la ciénaga, había muchos kilómetros. No podía aventurarse por la noche. El lugar donde se escondía Farrington estaba a gran distancia. Era lógico, debido a las precauciones que debía tomar inevitablemente.

Incluso cabía en la posibilidad de un cómplice. Clara Cavanaugh, por supuesto. Ella habría esperado fuera del pueblo en un coche, y luego habría seguido al que conducía Ina.

—Si tiene una habitación disponible, me gustaría quedarme aquí esta noche —dijo.

—Por supuesto —accedió el posadero.

CAPITULO XII

El hombre salió tan repentinamente al camino, que Sheridan estuvo a punto de atropellarlo. Por fortuna, tenía los reflejos rápidos y pudo frenar a tiempo.

—Lo siento —se disculpó el individuo—. Mi perro se ha escapado. .

Sheridan dominó la cólera que sentía y trató de sonreír.

—Lo importante es que no le haya pasado nada a usted —dijo,

Jack Mann miró a derecha e izquierda.

—Ha sido todo tan rápido. Es un perro precioso y nosotros estamos muy encariñados con él. Pero temo que haga algo nada conveniente.

—No estará rabioso —se alarmó Sheridan.

—Oh, no, en absoluto, Lo que sucede es que hace meses desapareció su ama, la señora Hunter. Nosotros ocupamos su casa provisionalmente, hasta tanto se resuelvan' ciertos trámites legales. El pobre «Kit» la adoraba y aún no ha sido capaz de superar su pérdida,

—Sí, hay perros muy fieles...

—Thelma, quiero decir, la señora Hunter, lo crió con biberón... No sé lo que le ha pasado hoy; desde hace algunos días está más inquietó que nunca. De repente, pareció ventear algo y salió disparado. Vino aquí, husmeó en el suelo y se perdió por ahí... Perdón, me llamo Jack Mann.

—Duke Sheridan —dijo el joven—. Si puedo ayudarle en algo, lo haré con mucho gusto.

Mann frunció el ceño.

—Es curioso —dijo—. «Kit» llegó hasta aquí y husmeó el suelo...

De pronto, se acercó al borde de la carretera y tomó con dos dedos un pañuelo sucio de grasa.

—Esto era lo que olía «Kit» —dijo—. Ahora caigo... El hombre que nos pidió agua para el radiador hace días... «Kit» se sintió particularmente furioso, lo que nunca había hecho con los forasteros.

—Lo raro es que el animal no haya venido antes hasta aquí —observó Sheridan.

—Bueno, la valla es un poco alta. Pero hoy, no sé cómo, la puerta quedó abierta y escapó como una flecha. El tipo le resultó antipático, pero, aun así, me disgustaría que le hiciese algún daño.

—¿Vive cerca de aquí?

—No le había visto nunca —respondió Mann—. De todos modos, si vive en la vecindad, el único sitio posible es la casa que hay al otro lado de la ciénaga, a unas diez millas al Oeste.

Sheridan arqueó las cejas.

—Ha dicho una ciénaga —exclamó.

—Sí, esa casa estaba abandonada desde hacía muchos años. La ciénaga la rodea casi por completo y nadie encuentra comprador.

«Una casa abandonada... el escondite perfecto para un hombre como Farrington», pensó Sheridan.

—Señor Mann, ¿puede describirme al hombre?

—Claro.

Sheridan sonrió segundos más tarde.

—Amigo mío, si «Kit» causa algún daño a ese hombre, no sienta ningún temor. Puedo asegurarle desde este momento que es un criminal redomado, al que busca la policía con gran interés. Lo siento por el afecto que ustedes puedan tener a «Kit», pero, repito, no se preocupe por el animal. Dígame, ¿cómo era la señora Hunter?

—Bueno, bastante guapa, muy atractiva todavía, pelirroja...

—Y desapareció sin dejar rastro.

—No se ha vuelto a saber de ella.

Sheridan sacó una tarjeta y escribió algo en su blanca superficie.

—Señor Mann, haga el favor de llamar a este número. Mencione mi nombre y cite también la casa de la ciénaga. Si a «Kit» le sucediera algo, yo les regalaría otro cachorro de la misma raza. Ah, cuando llegue el inspector Villard, entréguele ese pañuelo, por favor.

—Así lo haré, señor Sheridan.

La mano del joven movió la palanca de cambios. Ahora tenía la plena seguridad de haber localizado el escondite de Farrington, el hombre que tanto había aprendido sobre reptiles y arácnidos en el serpentario de Butantan.

Y si había conseguido «crecer» a una araña, hasta límites difícilmente concebibles, ¿por qué no había podido obtener el mismo resultado con una anaconda?

Un hombre astuto, pensó. La casa de la ciénaga estaba a más de cien millas del lugar designado para el encuentro con Ina. Así borraba sus pistas, como había sucedido con Edna... y también con Harrelhaw. Y, ¿cuántas personas más habían muerto, víctimas de su sadismo?

* * *

A Ina le escocía bastante la cadera izquierda. Cuando aquel hombre entró en la habitación en que había sido encerrada, le dirigió una furiosa mirada.

—¿Qué me ha hecho usted? —preguntó.

—Mi querida señorita —sonrió el hombre—, no tiene por qué alarmarse. Simplemente, me he permitido arrebatarle un trocito de su preciosa piel, a fin de efectuar un injerto. Ese trozo es más pequeño que una moneda corriente, de modo que no tiene por qué sentir miedo de ninguna clase,

—Doctor Farrington...

—Aquí soy Yorkhill —puntualizó el individuo—. Farrington es el nombre antiguo, ya desechado.

—Como quiera —dijo Ina—, Lo que me interesa es saber cuánto tiempo me va a tener encerrada.

Yorkhill la miró críticamente durante unos segundos.

—Aún no puedo responderle a esa pregunta —dijo al cabo.

—Me destrozará, me convertirá en un monstruo, como sucedió con Edna Drutton...

—Lo de Edna era un asunto personal. Con usted no tengo nada, excepto que necesitaré trozos de su epidermis.

Ina frunció el ceño.

—Diríase que quiere rejuvenecer a alguien a mi costa —exclamó.

—Será mejor que dejemos este tema. Lo que sí puedo prometerle es que, excepto por el hecho de que estará encerrada, no sufrirá el menor daño.

—Ya me lo ha hecho...

—Bajo anestesia local, por supuesto. Señorita Webster, le ruego me perdone, pero ahora tengo trabajo.

Yorkhill se marchó. Ina quedó sola en el cuarto, cuya única ventana estaba protegida por una fuerte reja, preguntándose cómo había podido ser tan tonta.

Si le hubiera avisado a Duke...

Pero ya era tarde para lamentaciones. Lo único que cabía hacer era ver la forma de escapar de su encierro.

¿Para Quién estaban destinados los trozos de piel?, se preguntó.

Habría tenido la respuesta muy pronto, de haber podido escuchar las palabras que Clara Cavanaugh pronunciaba en aquellos instantes:

—La piel de esa chica no me sirve, Hyllum.

Yorkhill parpadeó.

—¿Seguro?

Ella rió amargamente.

—El médico eres tú, pero la piel es mía y tengo sobrada experiencia sobre el particular. Antes de una semana, tendrás que quitarme el injerto.

—Está bien —Yorkhill apretó los labios—. Pero no podemos soltar a la chica.

—Por supuesto. Pero ¿no recuerdas que esta noche se celebra una fiesta?

—No me había olvidado de ella, Clara.

—Entonces... ya tienes víctima para tu sacrificio. «Linda» debe de estar ya muerta de hambre.

—Sí, es cierto; digiere demasiado aprisa, para lo que es corriente en un animal de su especie. Claro que tampoco es un ejemplar común y corriente... Bien, vamos a preparar la escenografía para esos estúpidos. Lo malo es que las cosas se han puesto ya un poco calientes y tendremos que emigrar muy pronto.

—Tú también fallaste con Sheridan —le reprochó ella.

Yorkhill se encogió de hombros.

—Es muy listo, aunque no encontrará jamás esta casa —vaticinó.

CAPITULO XIII

De cuando en cuando, «Kit» se detenía para husmear. Alzaba el morro y aspiraba profundamente el aire, procurando separar las partículas olorosas que acudían a su pituitaria.

Había muchos olores en el ambiente. En ocasiones, perdía por completo el rastro y se movía desorientadamente. Pero al cabo de un tiempo, volvía a encontrar el rastro y seguía adelante con canina tenacidad. En alguna parte, y cada vez más cerca, estaba el odiado hombre del que el instinto le decía había dado muerte a su ama.

Otro hombre seguía también el mismo rastro, aunque por un camino muy diferente. Después de horas enteras de buscar sin descanso, Sheridan había encontrado al fin la casa de la ciénaga.

Se había detenido a unos mil metros de distancia, apartando inmediatamente el coche del camino. Había árboles en abundancia y trepó a uno de ellos, provisto de unos prismáticos.

Aún había mucha luz diurna. Tras unos momentos de reflexión, Sheridan juzgó que lo más conveniente sería llegar por la noche. El factor sorpresa podía resultar decisivo.

Sentado en la horquilla del árbol, dejó pasar el tiempo. De cuando en cuando, encendía un cigarrillo. Con frecuencia, enfocaba los prismáticos hacia la casa. Todo parecía normal. El edificio era antiguo, de planta y primer piso, y no ofrecía ningún detalle extraordinario, salvo su ubicación en aquellos parajes. Debía de haber sido construido a finales del siglo XVIII, tal vez para la temporada de caza de algún potentado, ya que residir allí permanentemente no debía de resultar muy agradable.

«A menos que lo fuercen a ello motivos muy poderosos», pensó. Y los motivos de Farrington eran fáciles de adivinar.

En el fondo, estaba la cuestión económica, aunque había que descartar el caso de Edna, por venganza. Pero Lorraine Sangster había sido una mujer rica y lo mismo cabía decir de Thelma Hunter. ¿Cuántas más habían sido sacrificadas en aquella siniestra mansión?

Al llegar la noche, se encendieron algunas luces en el edificio. Sheridan esperó una hora más y luego se apeó del árbol.

Casi a tientas, siguió el camino, sin encender la pequeña linterna de que se había provisto. Lo que menos le convenía era hacer notar su presencia en aquellos lugares.

Un cuarto de hora más tarde, llegó a la vecindad de la casa. En el porche de la entrada, situado a metro y medio del suelo, había luz. En torno al edificio abundaban los árboles.

De súbito, Sheridan oyó a lo lejos el ruido del motor de un automóvil. Inmediatamente, saltó hacia atrás y se escondió tras el tronco de un grueso roble.

El coche se detuvo en la pequeña explanada que había frente a la mansión. Dos personas, hombre y mujer, se apearon en el acto, y empezaron a ponerse unas largas túnicas, orladas en rojo y negro. En aquel momento, alguien salió a la puerta de la casa. Sheridan observó, con no poco asombro, que era la mujer a la cual conocía bajo el nombre de Carla Cavanaugh.

Carla alzó los dos brazos y gritó:

—¡Bien venidos a la mansión de Shighia! Venid, los creyentes...

La pareja se puso en movimiento. Sheridan se sentía estupefacto. Aunque, bien mirado, ¿no era esto lo que había declarado Lorraine Sangster?

Varios coches más llegaron, cada uno con su pareja, y todos hicieron lo mismo y se les hizo análogo recibimiento. Sheridan empezó a pensar en la forma mejor de introducirse en la casa.

La explanada era demasiado pequeña para contener los coches. Sheridan se dio cuenta de que alguno de ellos tendría que quedar en la orilla del camino. Retrocedió unos pasos y se situó en lugar adecuado.

Llegó otro coche y sus ocupantes se apearon. El hombre empezó a ponerse la túnica. De pronto, algo golpeó su nuca y se le doblaron las piernas.

La mujer no se había percatado del suceso, situada al otro lado del vehículo y ocupada en ponerse su propia túnica. Cuando terminó, dio un par de pasos hacia adelante.

—¡Jonathan! —llamó.

—Estoy aquí —dijo Sheridan con voz grave—. Perdona, tuve que retirarme un momento, para...

—Sí, vamos.

Carla les recibió a la entrada. Sheridan se había puesto unas gafas de color. Además, se frotaba constantemente los labios, como si padeciese algún tic nervioso.

—¡Bien venidos, Jonathan y Lilian Steyl! —saludó—. Señor Steyl, no se olvide de abonar la cuota.

—Oh, sí, desde luego. ¿Cuánto, hoy?

—Mil quinientas libras.

Sheridan miró de reojo a la mujer. Lilian Steyl parecía estática, con los ojos fijos en un punto invisible.

—Daré un cheque —dijo Sheridan. Firmaría como Jonathan Steyl. ¿Quién lo pagaría?, rió interiormente. Pero quizá ni podrían llevarlo al Banco.

Había contado diez parejas. A mil quinientas libras, quince mil «Ladrones», pensó, mientras firmaba el cheque.

—Ustedes ya conocen el camino —dijo Carla.

—En efecto —contestó Lilian.

¿Qué procedimientos habrían empleado aquellos criminales para embaucar a unas pobres gentes, tan sobrados de dinero como faltos de seso?

De pronto, cuando ya llegaban ante una gran puerta, con paneles de madera, un hombre, de enorme musculatura y piel atezada, salió a su paso y les ofreció sendas copas.

—Tomen, beban el licor que tan grato es a los ojos de nuestra Shighia —dijo.

Sheridan contempló la copa. Aquel líquido...

«Debe de contener alguna droga alucinógena», pensó.

A ambos lados de la entrada había sendas macetas, de gran tamaño, con plantas de salón. Mientras Lilian bebía, Sheridan fijó la vista en un punto.

—Me parece que le llaman, amigo —dijo.

El hombre volvió la cabeza. Veloz como el pensamiento, Sheridan arrojó la pócima a la maceta. Cuando el individuo se le encaró de nuevo, Sheridan tenía la cabeza echada hacía atrás, consumiendo aparentemente las últimas gotas del líquido.

—Está bueno —chasqueó la lengua, al devolver la copa.

Entonces, el hombre abrió la puerta.

—Entren y ocupen sus puestos.

Lilian avanzó lentamente. Sheridan pasó al otro lado y descendió una veintena de escalones, hasta hallarse en una vasta estancia, en cuyo fondo se veía una pared de cristal, de forma circular.

La sangre se le heló en las venas cuando vio a la gigantesca anaconda, enrollada sobre sí misma, en el fondo de un pozo que no medía menos de doce metros de diámetro por siete u ocho de profundidad.

Un hombre apareció de pronto y extendió los brazos:

—¡Hermanos! —clamó—. ¡Soy El-Más-Grande, el predilecto de Shighia, su enviado a este mundo, para haceros fértiles y proporcionaros la felicidad que no se extingue jamás! Pero antes, conmigo, tenéis que rogar a nuestra diosa, para que acepte el sacrificio que le vamos a ofrecer.

Entonces, el hombre se volvió y tendió un brazo hacia la pared de cristal.

—¡Ahí está la víctima propiciatoria! —gritó, exultante de júbilo.

Sheridan creyó que los ojos se le salían de las órbitas. Muy lentamente, colgada de las muñecas por una cuerda, Ina Webster, sin una sola prenda de ropa sobre su esbelto cuerpo, descendía lentamente hacia el nidal de la anaconda.

CAPITULO XIV

El reptil parecía adormilado, pero Sheridan presintió que despertaría apenas presintiese la presencia de una presa. El joven se puso en pie, tiró las gafas de color a un lado y echó a correr hacia la salida.

—¡Eh! —Gritó Yorkhill—. ¿Adónde va usted?

Sheridan no le hizo el menor caso. Bajo la túnica, llevaba un revólver de calibre 38. Subió los escalones de cuatro en cuatro y alcanzó la puerta, que abrió de inmediato.

La entrada a la habitación del pozo debía de estar en aquel mismo nivel. Buscó desesperadamente; cada segundo que transcurría era vital.

Abrió un par de puerta, observando con desesperación que daban a salas, habitaciones corrientes. Al abrir la tercera, captó una vaharada de aire cálido y apestoso.

Saltó hacia adelante. Ina se hallaba ya a tres metros escasos del suelo. Dos hombres manejaban la polea de la que estaba suspendida. Sheridan les encañonó con el revólver.

—¡Súbanla! —Gritó— ¡Súbanla ahora mismo o les mataré!

Daghoo y Norsich obedecieron, aterrados por el aspecto que ofrecía aquel desconocido. De pronto, Yorkhill y Carla entraron en aquel lugar.

—¡Sheridan! —exclamó la mujer.

El joven retrocedió unos pasos, a fin de vigilarlos a todos.

—Si esa muchacha sufre el menor daño, les mataré a todos —dijo.

Yorkhill hizo un gesto con la mano.

—Puesto que el caballero lo desea... —dijo, irónico.

Con el rabillo del ojo, Sheridan observó que la cabeza de Ina estaba caída sobre su pecho. La muchacha, sin duda, se había desmayado de terror.

Era lo más conveniente, pensó.

—La policía está avisada —dijo—. Farrington o como quiera que se llame, ordene a sus hombres que cubran a la doctora Webster. Fíjese en que mi pistola le está apuntando a usted. Al menor movimiento, le meteré una bala en la cabeza.

—Norsich, Daghoo, hagan lo que ha dicho el señor Sheridan.

Ina quedó al fin en el suelo. Uno de los esbirros trajo una túnica y se la puso.

—¿Y ahora? —dijo Yorkhill, burlón.

—Ahora esperaremos a la policía —contestó Sheridan con voz firme—. Tienen que responder de muchos crímenes; la muerte de Harrelhaw en primer lugar. ¿Por qué lo mató, después de someterlo a tan horribles torturas?

—Motivos personales —dijo Yorkhill fríamente.

—Tal vez un asunto de faldas...

—Hace muchos años, sedujo a mi mujer, se la llevó y luego la abandonó. Ella acabó suicidándose. Yo la amaba, aunque a usted le parezca extraño. Juré

que un día me vengaría de él... Harrelhaw era un hombre muy atractivo.

—Y usted lo convirtió en un monstruo, lo mismo que a Edna. ¿Por qué hizo que Edna se transformase también tan horriblemente?

—Fue la que ayudó a Harrelhaw a conquistar a mi esposa, Edna no era tan joven como aparentaba. Ya llevaba muchos años en el «oficio» de celestina, ¿comprende?

—Pero las otras víctimas... —Sheridan miró a Carla de reojo—. A Lorraine la mató de una forma horrible.

—Era preciso —contestó ella con voz inexpresiva.

—Según su particular punto de vista, claro; lo mismo que fue preciso matar a Edna...

—Él quería vengarse, dejándola ir libre para que viviese torturada por su fealdad. Yo aprobaba su venganza, pero no hasta el punto de poner en peligro mi seguridad.

—¿Qué me dice de Thelma Hunter?

Ninguno de los dos contestó. Sheridan se imaginó sobradamente la suerte que habla corrido la mencionada.

De pronto, Ina empezó a moverse. Sheridan se distrajo un tanto, lo que aprovechó Yorkhill para echársele encima.

—¡Mátalo! —aulló Carla.

—Vamos, estúpidos, ayudadme —aulló Yorkhill.

Los esbirros vacilaron. Sheridan, sin embargo, consiguió rechazar a Yorkhill, asestándole un terrible golpe con el brazo izquierdo.

Yorkhill retrocedió, manoteando frenéticamente. Chocó contra Carla y la arrojó al pozo.

Un horrible alarido brotó de la garganta de la mujer. Durante unos segundos, Yorkhill permaneció inactivo, como negándose a creer en lo que sucedía. Luego, de pronto, con una extraña reacción, echó a correr hacia la salida.

—¡Alto! —gritó Sheridan.

De repente, se oyó un atroz ladrido.

Una masa oscura, de fauces sanguinolentas, cruzó el espacio y se arrojó contra Yorkhill.

Se oyó un terrible chillido. Sheridan comprendió que, al fin, «Kit» había encontrado a su presa.

Los dientes del perro se cerraron de golpe sobre ¡a garganta de Yorkhill.

Sheridan no sabía a quién atender. Yorkhill pataleaba espantosamente, en las últimas convulsiones de la agonía. Abajo, en el pozo, Carla emitía unos gritos horripilantes.

De pronto, la anaconda se enroscó en torno a su cuerpo.

Un espeluznante chillido brotó de sus labios. Sheridan captó el horrible ruido de unos huesos que crujían y se rompían en multitud de fragmentos. Súbitamente, unos surtidores de roja sangre brotaron por boca y nariz de Carla, cuyos movimientos cesaron en el acto.

La anaconda apretó todavía unos momentos. Luego, desenroscándose, empezó a buscar la mejor posición para ingerir su presa. Cuando Sheridan vio que la cabeza ele Carla desaparecía en el 'interior de la bocaza del reptil, creyó que iba a desmayarse.

Entonces se acordó que tenía un revólver en la mano. La anaconda estaba casi inmóvil. Apuntó con todo cuidado a la cabeza. La distancia no era demasiado grande. Y la cabeza del reptil era su punto más vulnerable.

Al otro lado del muro de cristal, los adeptos a la sanguinaria religión inventada por Yorkhill, continuaban entonando su monótona melopea, ajenos por completo a cuanto no fuese lo que sucedía en el pozo.

Ni siquiera los disparos consiguieron alterar su estado de hipnosis.

* * *

—Estaban drogados, repugnantemente drogados —dijo el inspector Villard un par de días más tarde—. Son gente rica, ociosa, sin nada que hacer en este mundo salvo gastar su dinero y Farrington, o Yorkhill, que era el nombre que usaba para ellos, les ayudaba a aligerar su bolsa. Las drogas que les propinaba, Farrington había aprendido mucho en el Brasil sobre este aspecto, les hacían olvidar cuanto sucedía aquí, hasta que él les llamaba por teléfono y les convocaba para una reunión, mediante una palabra clave, que estimulaba sus recuerdos, pero que no permitía, sin embargo, que divulgasen el secreto a quienes eran ajenos al asunto.

»La anaconda había sido 'gigantizada', lo mismo que la araña. Por eso se explica su voracidad, ya que, en ocasiones, esos reptiles pasan hasta medio año sin probar alimento. Pero un animal de su tamaño necesitaba presas con más frecuencia.

—Por lo visto, él había conseguido, incluso, que obedeciera sus órdenes —dijo Sheridan.

Villard sonrió.

—Ese era un truco para impresionar a dos crédulos ayudantes... bueno, también hubo otro ayudante, pero lo hizo devorar por la anaconda, como escarmiento por un error cometido... error que consistió en pedir una participación en el negocio. En realidad, la supuesta flauta no era sino un emisor de ondas de radio, que eran captadas por un minúsculo receptor insertado bajo la piel del cráneo y cuyos terminales estaban conectados a determinados centros nerviosos del reptil. Pero cuando la flauta no «sonaba», «Linda», que así llamaba a la anaconda, obedecía a sus instintos.

Ina, presente en la conversación, se estremeció.

—Estuvo a punto de devorarme... —murmuró.

—Ah, además sucedía otra cosa. Clara Cavanaugh, y no Carla, como se te presentó, era una mujer que rondaba ya los sesenta años.

—¡Atiza! —exclamó ¡Sheridan.

—Como lo oyes. Pero tenía una enfermedad cutánea incurable y

necesitaba con gran frecuencia injertos de piel. La mayor parte de la piel que viste pertenecía a Edna. Aparte de eso, Yorkhill extraía de las arañas venenos, que empleaba según sus propias fórmulas, no sólo para drogar a sus ««pacientes», sino para rejuvenecer a Clara. Ella, con tal de ser más joven, había aceptado ayudarle en todo...

—Hasta en la muerte' —murmuró Sheridan.

—Respecto a Thelma Hunter, suponemos que fue devorada por la anaconda. No es una muerte agradable... pero se ha demostrado que ella mató a su esposo. Y luego, toda su fortuna, vinas cien mil libras, estaba ya en manos de Yorkhill.

—«Kit» se vengó al fin —dijo el joven—. Para el perro, su ama no era una asesina, sino el ser a quien más apreciaba y al que debía vengar.

—Sí —convino el policía.

Miró a la pareja, sentados en el diván, con las manos juntas.

—Presiento que esta historia va a tener un final feliz —dijo.

Sheridan e Ina cambiaron una mirada.

Ella se sonrojó vivamente.

—Quizá —musitó.

—Quizá no, seguro —afirmó Villard—. Pero lo que falta es asunto que sólo el interesado debe resolver.

Villard se marchó, pisando de puntillas. Sheridan fijó la vista en el bello rostro de Ina.

—Doctora Webster, usted que es psiquiatra, ¿no se siente capaz de adivinar lo que pienso en estos momentos? —preguntó.

—Para eso no se necesita ningún título profesional —contestó la joven sonriendo hechiceramente.

FIN